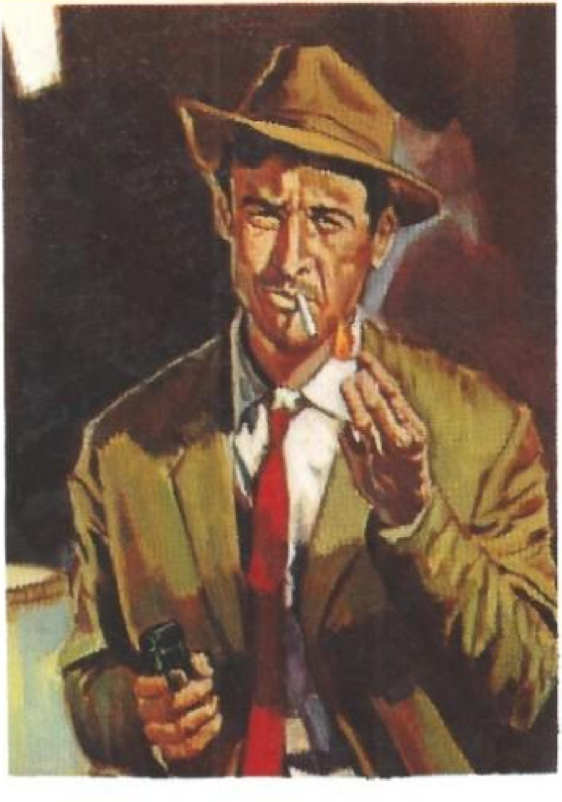
SERVICIO SECRETO

Un cadáver espera

KEITH LUGER



SS SERVICIO SECRETO

KEITH LUGER

UN
CADAVER
ESPERA

Colección **SERVICIO SECRETO** N.º 955
Publicación semanal
Aparece los **MIERCOLES**

EDITORIAL BRUGUERA S.A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 31.803-1968

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta colección: noviembre - 1968

© FRANCISCO BRUGUERA - 1960

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
1.090. — Dos profesionales del gatillo.
En Colección SERVICIO SECRETO:
953. — ¿A qué hora le mataron, míster Luthero King?
En Colección BÚFALO:
789. — El *sheriff* que tuvo miedo.
En Colección SALVAJE TEXAS:
654. — Aquí acaban los hombres.
En Colección KANSAS:
546. — Mi enemigo es mi marido.
En Colección BRAVO OESTE:
405. — Una rubia con zarpas.
En Colección PUNTO ROJO:
343. — Un armario macabro.
En Colección CALIFORNIA:
624. — Un negocio algo violento.
En Colección ASES DEL OESTE:
496. — Muerte para un juez.
En Colección COLORADO:
575. — El día que corrió la sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

—Oye, Anna, ¿estás visible? —pregunté por el auricular.

Ella me soltó una risita y agregó:

—Ahora no, Don. Me pillaste en el cuarto de baño.

Carraspeé.

—Tienes muy malas intenciones. No me refería a este momento. Se me ocurrió que podríamos ir a cenar a cualquier parte y luego al cine.

—Muy bien, Don. ¿Vienes por mí a las seis?

—Sí, nena.

Me largó un beso por el tubo. Anna es así de expresiva. Colgué y me puse a fumar.

Siempre me pasa lo mismo. Cuando termino un caso y no tengo nada que hacer, llamo a Anna. No es una chica con mucho diálogo, pero sería tonto que uno pretendiera discutir con Anna un tema sobre política exterior. Anna es una rubia de escalofriante belleza. Da el peso exacto, y ustedes ya saben lo que quiero decir con eso. Y si les dijese cuáles son sus medidas, acabarían por comprender mi predilección por Anna.

Necesitaba un afeitado y fui al pequeño lavabo. Enchufé la maquinilla y emprendí el rasurado.

En eso sonó el teléfono. Estuve por no contestar. Probablemente sería alguien que pretendía cobrar.

Pero yo soy un detective privado y justamente acababa de realizar un trabajo por el que no había embolsado un solo centavo. Debía reponer fondos lo más aprisa posible.

¿Y si fuese un cliente?

Desconecté la máquina y me acerqué a la mesa.

—¿Sí?

—Oye, Don. Soy Oley Polter.

Oley era un compañero. Otro loco que pretendía ganar dinero husmeando en la vida de los demás.

—Lo siento, Oley, pero no te puedo largar un maldito dólar. Quizá la semana próxima...

—No se trata de eso, Don. Es otra clase de apuro.

Noté un temblor en su voz.

—¿Qué te pasa, muchacho?

—Andan detrás de mí. Y están a punto de cazarme.

—¿Quiénes, Oley?

—No los conoces.

—Bien, pero los nombres son para algo.

—En este caso, no iba a servirte para nada.

—¿Qué es lo que quieren de ti?

—Verás, Don, no puedo contártelo ahora. Te digo que están al llegar. Solo te llamo para darte un aviso. Si a mí me ocurriese algo, vete esta misma noche a la estación Gran Central, quinto lavabo... No puedo seguir hablando.

—¡Eh, Polter!

Paro ya había colgado.

También dejé el auricular en la horquilla y permanecí pensativo. No, no me gustaba aquel mensaje.

Terminé el afeitado y consulté el reloj. Eran las cuatro y media de la tarde. No tenía por qué cancelar todavía mi cita con Anna. No había motivo. Pensé que Oley Polter llamaría otra vez para decirme que todo iba bien. Me senté tranquilamente en el sillón y le eché una ojeada a la correspondencia. Un tipo de Rapid City, Dakota, me ofrecía una lupa gigante por un dólar noventa y cinco. Con la lupa podría resolver todos mis casos. La vendía con un collar para llevarla alrededor del cuello. La «Compañía Auxiliar del Buen Detective», de Ruidoso, Nuevo México, me ofrecía un curso de Medicina Legal en doce discos. Solo me costaría veintiséis dólares. Y me regalaban un estupendo gramófono con el que después podría oír a Paul Anka.

Me cansé de leer las cartas. Saqué del cajón una novela. Leí veinticinco páginas. El protagonista era un detective privado. En cuatro capítulos descubría dos cadáveres, entablaba relaciones con dos rubias, una pelirroja y una morena, recibía seis palizas y a cambio de cada puñetazo soltaba un chiste. Me aburrió igualmente.

Entonces me dediqué a hacer anillos de humo. Me salieron muy bien.

Dieron las cinco y media, y finalmente decidí hacer algo.

Disqué el número de la oficina de Polter. No hubo respuesta.

Entonces llamé a Anna.

—Hola, querida.

—¿Tú otra vez, Don? Pensé que ya estabas en camino.

—Oye, nena, han surgido dificultades.

—¡Oh, Don!

—Lo siento más que tú, pero ya sabes que la obligación es lo primero. Pasaré a verte en cuanto pueda.

—Y yo que me había puesto mi mejor vestido...

Uno podía imaginarse cuál sería su mejor vestido. Nada por la espalda y un poco por delante, pero en ella era maravilloso. El día que vi su espalda, me di cuenta de que no había visto ninguna antes de aquel momento.

—¿Por qué no dejas eso? —ronroneó.

—No depende de mí, nena. Ya te veré.

Colgué, muy conmovido.

A las seis en punto estaba yo en el precinto número catorce. El sargento Larsen hizo una mueca al verme llegar. Se cambió la colilla de una comisura a otra y escupió:

—Esto está limpio, recién pintado.

Comprendí su indirecta. Pero yo no quería nada con él. Le solté un gruñido y me fui derecho al despacho del teniente Stewart Decker.

Abrí sin llamar.

El teniente estaba hablando por el micro.

—Sí, señor Brooker. Desde luego, señor Brooker. Me ocuparé de ello… No es ninguna molestia… Buenas tardes, señor Brooker.

Brooker era el comisionado. Me senté en un sillón y solté una risita mientras Stewart colgaba.

—¿Te aumentó el sueldo el señor Brooker?

Stewart torció el gesto.

—Tú siempre con tus bromas. Solo se trata de su sobrina. Un agente novato la multó por estacionar a contramano.

Reí otra vez. Saqué un cigarrillo del bolsillo y lo pasé por la nariz. Era un buen olor.

—¿Cómo está Mary? —pregunté.

Me estaba mirando, ceñudo.

—Bien.

—¿Y los chicos?

—De primera.

Hubo una pausa.

—Deben estar muy crecidos —dije.

—Sí, lo están —ladeó la cabeza—. ¿Sabes una cosa, Don? Me hiciste las mismas preguntas hace unos cuatro meses. Recuerdo lo que pasó. A la media hora estábamos envueltos en un caso de asesinato.

Le sonreí.

—Es pura coincidencia.

—No creo en las coincidencias cuando tú estás por medio. ¿Qué has venido a hacer aquí?

—¿No puede ver uno a un amigo?

—Muy bien, ya me has visto. ¿Y qué?

—¡Infiernos! ¿Qué te pasa, Stewart? Si no has terminado de pagar la hipoteca sobre la casa, no es culpa mía. Si a Mary la tuviste que operar de cálculos en la vesícula fue también asunto tuyo. No está bien eso de descargar el mal humor en la primera persona que se arrime a tu lado.

Sobrevino otro silencio. Luego, Stewart sacudió la cabeza.

—Perdona, chico —dijo.

—Está olvidado.

De pronto, sonó el teléfono. Alcanzó el auricular. Presté mucha

atención a sus palabras.

—Sí, Sullivan. De acuerdo, pero tengan cuidado con él... ¡Maldita sea! ¿Qué clase de policía es usted? ¿Es que no conoce el Reglamento? No le ponga la mano encima... Sí, ya sé que el muchacho asaltó al vendedor de manzanas con una pistola de pega. Le felicito por la captura, pero el chico tiene derecho a defenderse y ya le impondrán el castigo que se merece... Bien, Sullivan...

Colgó, rezongando:

—Infiernos, no puede estar uno tranquilo un par de minutos seguidos —se me quedó mirando—. ¡Y no me salgas otra vez con eso del mal humor! ¿Qué clase de vida te crees que es la nuestra? Aquí te querría ver yo, gran hombre.

—No, gracias.

Se sentó tras la mesa y dio un suspiro mientras se pasaba la mano por la cara.

—La semana próxima cojo las vacaciones. Y esta vez es cosa segura, ¿lo entiendes?

—Te las tienes ganadas.

—Lo mismo dice Mary. Dejaremos a los chicos con su hermana Shara —sus ojos se animaron—. Me gustaría volver allá, ya sabes, al rancho donde Mary y yo pasamos nuestra luna de miel... Demonios, han pasado nueve años. Cuando me pongo a pensar en ello, me parece increíble.

Sonó otra vez el timbre del teléfono.

—¿Diga? Sí, el teniente Decker... Sí, le escucho... ¿Cómo? ¿Dónde? —sus ojos se desviaron rápidamente clavándose en mi cara—. De acuerdo, Sandy. Iré enseguida. Sí, yo me ocuparé de lo demás. Hasta ahora.

Colgó silenciosamente, sin apartar la mirada de mí.

—Pura coincidencia, ¿eh?

—¿A qué te refieres, Stewart? No me irás a decir que...

—Sí, eso mismo. Tenemos otro caso de asesinato, lo mismo que hace cuatro meses.

—Vaya, voy a creer que soy tu gafe.

—Déjate de historias. Tú sabías algo y lo vas a desembuchar.

—No sé a qué te refieres, Stewart.

—La víctima es un compañero tuyo, Oley Polter.

Hacía rato que ya estaba preparado, pero a pesar de ello, sentí que se me anudaban las tripas.

Oley Polter y yo nos conocíamos desde diez años atrás. Él y yo nos habíamos hecho favores. Oley dedicaba casi todo su tiempo a asuntos de divorcio. Pero lo había honestamente. Jamás había fraguado una prueba, como hacen la mayoría de los detectives especializados en esa clase de basura.

—¿Qué dices, Don? —oí que me preguntaba Decker.

—¿Qué quieres que diga?

—Todo lo que sepas del asunto.

No le diría nada de momento. Stewart y yo perseguíamos el mismo fin. Su trabajo y el mío se complementaban. Yo podía hacer cosas que a él le estaban vedadas, como por ejemplo, agujerear la barriga del asesino de Oley Polter. Y Stewart contaba con un laboratorio y un enjambre de policías dispuestos a secundar sus órdenes. Los dos podíamos iniciar un trabajo siguiendo distinto camino, pero siempre nos encontraríamos al final. Y eso era algo muy bueno para la justicia.

Me puse en pie y dije:

—Te daré noticias en cuanto pueda.

Di media vuelta y me dirigí hacia la puerta.

—¡Espera, Don!

Stewart apretó los labios.

—Me oíste hablar antes con el Comisionado.

—Sí, su sobrina había estacionado a contramano.

—Hace una semana me invitó a cenar a su casa.

—Te felicito.

—Déjate de bromas. Realmente no me invitó porque se encontrase muy a gusto en mi compañía. Solo quería hablarme de ti.

—¿Sí?

—No le gusta la forma en que has llevado tus dos últimos casos. Según él, dejaste en mal lugar al Departamento.

—¿Y tú qué piensas, Stewart?

—No importa lo que yo piense. Me dijo que te hablase y yo traté de renunciar a ese encargo porque sé que no serviría de nada. Me hizo una seria advertencia respecto a ti, Don.

—Oigámosla. Ya siento hormigueo en los pies.

—Está dispuesto a quitarte la licencia y a darte el pasaporte de la ciudad si vuelves a poner en práctica tus métodos. Dijo algo de que tú eras una fiera que te creías todavía en la selva.

—Vaya. No sabía que el Comisionado fuese tan gran orador.

—Tenlo en cuenta, Don.

—Gracias por haberme avisado, muchacho. Lo entendí todo a la perfección.

Sacudió la cabeza.

—En serio, Don, ¿por qué infiernos has de buscarte complicaciones? ¿Por qué no has de ser como los demás?

—¿Quieres que te lo diga, Stewart?

—Sí.

—Siento repugnancia por las serpientes de cascabel, por los sapos y por todos los demás reptiles. Y tú sabes que en esta ciudad hay demasiados ejemplares de esa fauna. Lucho contra ellos, no contra el Departamento de

Policía. Y cuando aplasto la cabeza de uno de esos bichos, siento una gran satisfacción, no por el placed de matar, sino porque en los más profundo de mi ser una voz me dice que he evitado muchos llantos, mucho dolor y hasta es posible que ríos de sangre —hice una pausa—. Debes darte prisa, Stewart. Un cadáver te está esperando.

Luego salí fuera, sin esperar una respuesta.

CAPÍTULO II

Crucé el largo vestíbulo del Gran Central. Un altavoz anunciaba que en la vía número nueve estaba formado el tren que saldría con destino a San Francisco.

Una señora gorda empezó a insultar a un mozo porque este, al parecer, se había descuidado dejando suelto a un pekinés que no se veía por ninguna parte.

Una joven gritó:

—¡John...!

Un tipo vestido de uniforme giró sobre sus talones y la muchacha se echó en sus brazos. Se besaban en la boca cuando yo pasé por su lado.

Los lavabos estaban al fondo. Traspuse la puerta de acceso general. A la izquierda quedaban los excusados y frente a mí había hasta una docena de piletas. Un par de tipos se estaban afeitando. Otro se lavaba la cara y un cuarto se miraba la lengua en el espejo. La tenía muy sucia. Haría muy bien en ir al doctor.

Miré el excusado número cinco. La puerta estaba cerrada. Caminé sin detenerme y puse la mano en el pomo, haciéndolo girar. Estaba ocupado.

Me quité la chaqueta y la dejé en el brazo de una percha. Luego, con un poco de calma, me subí las mangas de la camisa y me puse a lavar las manos en la pileta.

Uno de los que se afeitaban, un tipo grandote, estaba a mi derecha. Lo hacía con mucha delectación, como si eso fuese lo más importante que haría en todo el día.

Me sequé las manos y en eso quedó libre el excusado que a mí me interesaba. Rápidamente, cogí la chaqueta y me colé dentro.

Cerré con el pestillo.

Bien, este era el lugar. Eché un vistazo y mis ojos no descubrieron nada de particular. Luego me puse a trabajar con la lima en el aparato que contenía el papel. Lo desarmé y resultó tiempo perdido. Allí no había nada. Lo dejé como estaba.

Bueno, ¿qué infiernos buscaba yo? No lo sabía siquiera.

En eso, alguien intentó abrir la puerta. Forcejeó una, dos veces, y, finalmente, se rindió.

Encendí un cigarrillo observando otra vez la habitación.

¿Cómo no lo había pensado antes? Allá arriba había una ventana con su correspondiente hueco para el depósito del agua. No se veía nada entre este y la pared.

Me subí en la tapadera de plástico, pero eso no fue bastante para

alcanzar el depósito. Recordé que Oley Polter era cinco pulgadas más bajo que yo. No había muchas probabilidades de que aquel fuese el escondite, pero no quería irme de allí sin comprobarlo.

Bajé al suelo otra vez y puse la chaqueta encima de la tapa. Logré ganar unas pulgadas, pero tampoco aquello era bastante para llegar al depósito.

Se me ocurrió una cosa. Salté arriba y me cogí al filo de la pared, en el hueco. Mis dedos se escurrían, pero con mucho esfuerzo logré clavar las uñas en las hendiduras de dos baldosas. Luego me icé a pulso hasta apoyar los codos en la parte superior. No era una posición muy cómoda y pensé en la cara que pondría la persona que me sorprendiese en aquel momento.

Cargué todo el peso en el brazo izquierdo e introduje la mano derecha en el depósito del agua.

Mis dos dedos tocaron una cubierta de plástico. Presioné con las yemas. Dentro de la bolsa había un objeto duro. Tuve que hacer acopio de aire y levantar el torso otro poco para conseguir atraparlo.

Saqué el botín, y en ese momento mis dedos no pudieron soportar el peso y me dejé caer.

Armé un ruido de mil diablos y estuve a punto de desplomarme en el suelo.

Observé lo que tenía entre las manos. La bolsa de plástico contenía una caja muy parecida a la de los cigarros habanos, envuelta en papel y lacrada.

Por aquello había muerto Oley Polter.

Decidí saltar de allí e irme al bar de Jimmy, donde, con mucha tranquilidad, podría ver lo que la caja encerraba.

La guardé en el bolsillo de la chaqueta y después de arreglarme el nudo de la corbata frente al espejo de la pileta, salí del excusado.

El tipo grandote se estaba dando otra pasada de jabón con la brocha. Quizá vivía allí y solo se dedicaba a rasurarse.

Abandoné los lavabos y empecé a cruzar el vestíbulo.

De pronto, alguien me tomó de un brazo, y cuando iba a volverme, otra garra se me clavó en el costado.

Vi cerca de mi cara la de un rubio de ojos endiabladamente verdes y boca pequeña que se curvaba hacia abajo por las comisuras.

—Hola, Peter —dijo.

—Usted se confunde. No soy Peter.

—No diga que no, muchacho. Usted es Peter. No puede ser otro más que Peter. ¿Verdad, Jim?

Miré a Jim. Era un tipo delgado de ojos inexpresivos y nariz muy fina. Me sonrió con mucha jovialidad.

—¿Cómo estás, Peter?

—Les repito que se equivocan —alegué, sonriendo yo también.

—Anda, muchacho —dijo Jim—. Tenemos ganas de correrla contigo.

—Otro día —respondí—. Hoy tengo mucha prisa. Espero que se mejoren.

Di un tirón para desasirme, pero los tipos me habían cogido bien y no me soltaron.

Respiré profundamente.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres?

—Ya lo oíste antes, Peter —dijo Jim—. McDonald y yo queremos invitarte. ¿No te alegra?

—No.

—Miren qué desagradecido es. También habrá chicas, muchacho. Morenas, como a ti te gustan.

—¿Ven como están en un error? Yo las prefiero rubias.

Jim borró la sonrisa.

—Echa a andar hacia la salida, muchacho.

—¿Por qué? He venido aquí a esperar a un amigo. Llega en el tren de Kansas City.

—Ese tren llegó hace exactamente media hora.

—Mi amigo viene en el próximo.

—No hay tren hasta mañana —volvió a sonreír—. ¿Te pones a andar o prefieres que lo hagamos de otra forma?

La mano del rubio me presionó por debajo de su chaqueta y yo puedo jurar que no fue un dedo lo que me clavó en el riñón.

Estos eran los tipos de los que Oley Polter había intentado escapar inútilmente, y hasta era muy posible que alguno de ellos fuera su asesino. ¿O quizá lo serían los dos?

Sentí deseos de hacer entrechocar sus cabezas. Pero este no era el momento apropiado. Al rubio le sería muy fácil apretar el gatillo.

—Está bien, muchachos —dije—. No hay que apurarse.

—Claro que no, Peter —dijo Jim—. McDonald y yo sabemos que tú eres un muchacho muy comprensivo.

Aflojaron las manos, pero no me dejaron libre. Los tres nos pusimos a andar hacia la salida del gran vestíbulo.

Yo no iba a dejar que aquellos tipos se saliesen con la suya.

Recorrimos ocho yardas sin que nada ocurriese. De esa forma los confié.

Un tipo gordo venía en dirección opuesta. Se iba a cruzar con nosotros.

Empecé a poner en marcha el número. Metí mi pie por entre los de McDonald, pero no cayó por su propio impulso, a pesar de que perdió el equilibrio. Le ayudé pegándole en el cuello con el filo de la mano.

Jim corrió la zurda hacia la axila y en eso le solté un rodillazo en el bajo vientre. Se quedó muy inmóvil y su rostro empezó a congestionarse.

McDonald, el rubio, sabía hacer bien las cosas. Había dado la vuelta sobre sí mismo alejándose mucho de mí y de un momento a otro iba a

sacar el revólver. Solo me quedó una cosa: huir. Y para eso tenía al tipo gordo, el cual se había quedado inmóvil frente a nosotros observando perplejo la extraña escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Eché a correr pasando por su lado y lo empujé hacia atrás, contra el rubio. La puerta estaba muy cerca y salí por ella como una centella.

Imprimí más velocidad a mis piernas hacia la plaza de estacionamiento. Me metí en mi coche y puse en marcha el motor.

En aquel instante, vi otra vez a Jim y a McDonald. Corrían hacia mí.

Hice girar el volante y los neumáticos chirriaron entre las protestas de la carrocería. Estaba seguro de que los tipejos no se atreverían a disparar. Había demasiado público.

Vi por el espejo retrovisor cómo Jim hacía señales a uno de los coches.

Pero yo les había tomado mucha ventaja y no estaba dispuesto a perderla. Doblé una vez y otras más hasta que al final ni yo mismo supe dónde me encontraba. Pero de una cosa estaba seguro: había conseguido despistar a mis perseguidores.

Junto a mí, en el asiento, tenía la caja que había encontrado en el depósito del agua. Le dirigí una sonrisa.

Bien. Había llegado mi turno de saber lo que había dentro.

CAPÍTULO III

Jimmy me hizo una señal con la mano y yo le correspondí con una sonrisa. Pasé de largo frente al mostrador y me metí en el primer reservado.

Eché el pestillo y me puse a abrir la caja con ayuda del cortaúñas.

Desclavé la tapa y tiré de ella. Sobre la mercancía había una cubierta de papel de corcho. Levanté este y descubrí lo que había dentro. Ya lo había supuesto y es bueno eso de que uno compruebe que sirve para las adivinanzas. Polvo blanco. Polvo maldito. Cocaína. Y era una buena cantidad. Al por mayor, aquello valdría unos cien mil dólares, pero yo sabía que colocándolo al detalle, en pequeñas porciones, se podrían sacar trescientos mil.

Volví a dejar la caja como estaba, pero no la pude lacrar. Luego encendí un cigarrillo y me quedó pensativo.

Así que Oley se había metido en una cosa de esas… Contrabandistas. Basura. Gente de altura. Reptiles, muchos reptiles.

Bien. Yo aceptaba aquel duelo. Alguien iba a pagar la muerte de Oley. Y para detenerme haría falta algo más que una metralleta y un par de tipos como Jim y McDonald. Ellos, y no yo, habían tenido suerte. Si nos encontrábamos otra vez, y de eso no tenía ninguna duda, los muchachos lo iban a pasar mal. Muy mal.

«Bueno, Don, no pienses en ello ahora. Te quemará la sangre. Tienes que hacer las cosas como es debido. No puedes llevarte la caja a tu oficina. Es al primer sitio adonde irán ahora. Seguro que te están esperando allí. Y naturalmente, también tendrás un comité de recepción en tu apartamento».

Metí la caja en el bolsillo del sobretodo y salí del reservado.

Jimmy estaba en un extremo del mostrador hablando con un cliente.

Pedí un *whisky* a Luke, el mozo, y lo bebí de un trago. Me llenó otra vez el vaso.

Jimmy se despidió del cliente y se vino hacia mí.

—¿Cómo estás, Don? —preguntó, sonriente.

—Muy bien, chico —hice una pausa—. ¿Vino por aquí Oley Polter últimamente?

—Lo vi anteayer.

—¿Estaba solo?

Jimmy, me miró con los ojos fruncidos. Me conoce bien y sabe en qué clase de líos me meto. Le pasa como al teniente Decker. Constantemente me aconseja sobre lo que debo y no debo hacer.

—¿Pasa algo, Don? —inquirió.

Le quise decir la verdad. Quizá eso lo animase a trabajar un poco conmigo.

—Sí, Jimmy. Pasa mucho. Oley Polter está muerto.

Su cara comenzó a palidecer.

—¿Quién lo mató, Don?

—No lo sé, muchacho, pero lo sabré muy pronto.

Jimmy hundió la barbilla en el pecho y cerró los ojos.

Permanecimos callados un rato y en mi vaso no quedó una gota de *whisky*.

Jimmy me miró otra vez.

—Márchate, Don. La casa te invita.

—Solo acepto invitaciones cuando se ha de festejar algo —dije, poniendo una moneda de dólar sobre el mostrador.

Cogió el dólar y lo miró por las dos caras, como si esperase descubrir que era falso.

—Está bien, Don. Vete —dijo.

Pero me quedé en el mismo sitio porque ahora yo estaba seguro de que Jimmy me podría decir algo acerca de Oley.

Encendí un cigarrillo con la punta del otro y arrojé una bocanada de humo hacia un lado.

Una nena muy potable había puesto en marcha el tocadiscos tragaperras. Un trompetista se puso a hacer diabluras. La chica llevaba el ritmo con los hombros. Mirándola a ella, dije:

—Háblame de Oley, Jimmy. Por lo que más quieras, háblame de él.

—No eres un policía.

—No, no lo soy.

—El teniente Decker me dijo cierta vez que tú acabarías mal. Y yo sé que él tiene razón, Don.

La nena dio una vuelta sobre sí misma y el ruedo de su falda revoloteó alegremente.

—¡Malditos seáis todos! —dije—. No necesito ama de cría. Soy mayorcito.

Volví bruscamente la cara y Jimmy debió leer en mis ojos toda la rabia del mundo.

Dio un suspiro y dijo:

—Va a ser cuenta tuya, Don.

—Lo será, muchacho.

Hizo un movimiento afirmativo.

—Se llegó aquí anteayer como ya te dije antes. Serían las seis de la tarde. Algo le preocupaba. Pasó por frente el mostrador sin saludarme y se metió en el tercer reservado. Yo mismo fui a servirle. Me recibió con una sonrisa y me pidió un *whisky*. Se lo llevé y traté de pegar la hebra, pero él

estaba abstraído y se limitó a contestarme con monosílabos. Finalmente me dijo que estaba esperando a alguien, a una señora. Yo me volví al mostrador.

Jimmy hizo una pausa mientras se pasaba una mano por la cabeza.

—Ella llegó como cosa de media hora después. Se vino derecha a mí porque en ese momento Luke estaba atendiendo una mesa, y me dijo que el señor Polter la estaba esperando. Le dije que fuese al reservado número tres y allá se fue. Estuvieron juntos unos diez minutos. Luego, ella se marchó. No me miró siquiera mientras cruzaba la puerta. Un par de minutos más tarde, Oley salió, pagó su consumición y se fue. Desde entonces no lo he vuelto a ver.

—Muy bien, Jimmy. Dime cómo era ella.

—Una de las mujeres más hermosas que he visto en mi vida. Unos veintiocho años de edad, morena, esbelta, ojos grandes y negros. Vestía muy elegante. No sé explicarte lo que llevaba encima. Su vestido era oscuro.

—Háblame de su peinado.

—Era uno de esos peinados modernos con muchas puntas sobre las sienes y la frente.

Quedé callado durante un rato.

—¿Nada más, Jimmy?

—Eso es todo.

—Gracias, muchacho.

Eché a andar hacia la puerta.

—¡Don! —me llamó.

Volví la cabeza y él dijo:

—Deja que la policía haga el trabajo.

Le sonreí.

—Tú mismo lo dijiste antes. Es cuenta mía.

Media hora más tarde, entraba en el bar de Albert McCaleb. Oley y McCaleb eran amigos íntimos. El lugar se llamaba «Saturno» y se ubicaba en el Bronx.

No vi a McCaleb en el mostrador. Fui derecho a una puerta y la abrí, pasando al interior. McCaleb estaba frente al televisor viendo una vieja película de Jane Russell.

Giró la cabeza y al verme dijo:

—Jane estaba mucho mejor antes. Era más redonda. ¿Qué diablos hacen para echarse a perder?

—Son los años, Al. Han pasado quince desde que Jane te empezó a volver loco.

—Sí, debe ser eso —repuso, volviendo la mirada a la pantalla.

Me acerqué a la mesa, sentándome en el borde.

Jane Russell se puso a cantar.

—¿Has hablado con Oley? —pregunté.

—Por cierto que anoche me pegó un plantón. Quedó en venir aquí para ver juntos la retransmisión de los combates del Madison. Esta mañana telefoneé a su despacho, pero nadie contestó, ni él ni su secretaria —desvió la atención de Jane Russell para mirarme—: ¿Qué ocurre, Don?

—Lo liquidaron.

Empezó a levantarse del sillón.

—¡No es posible!

Sobre la mesa había una botella de *whisky*. Quité el tapón, limpié la embocadura con la palma de la mano y bebí un trago.

Albert se había vuelto a sentar, pero sus ojos seguían mirándome.

—¿Cómo fue, Don?

—Lo ignoro todavía —paladeé el *whisky*—. No sabía que Oley tuviera una secretaria.

—La tomó hace unos quince días.

—¿La conoces?

—No. Nunca la he visto, pero sé que su nombre es Kay Sheridan.

—¿Conoces su dirección?

—No.

—¿En qué asunto se ocupaba Oley?

—No me lo dijo, pero supongo que sería algo relacionado con un divorcio.

—Me temo que esta vez no fuese eso, Albert.

—¿El qué?

—Drogas.

Encanutó los labios, pero no lanzó un silbido.

Jane Russell terminó de cantar y un tipo muy guapo de cabello engomado se aproximó a ella para besarla. La música subió de volumen y sobre las caras de los dos actores aparecieron las palabras «The End».

McCaleb se puso en pie y dio la vuelta al botón. La imagen se apagó.

Bebí otro trago de la botella y luego dije:

—Pensé que Oley te habría contado algo.

—Casi nunca hablábamos de su trabajo.

Sacudí la cabeza, señalando el teléfono.

—¿Puedo llamar desde aquí?

—Claro que sí.

Disqué un número y pregunté por el teniente Decker. Se puso enseguida, como si me hubiese estado esperando.

—Hola, Stewart —dije—. ¿Cómo fue?

—Le metieron cinco balas en el estómago.

Cerré los ojos y en esa posición lo seguí escuchando.

—Pero antes se divirtieron con él.

—Cuéntame, Stewart.

—No es agradable.

—¡Maldita sea! ¡No lo es, pero quiero saberlo!

—Utilizaron un soplete antes de balearlo.

Mis rodillas se estremecieron. Transcurrió un rato antes de que pudiese hablar.

—¿Dónde lo encontrasteis?

—En Sunset Park, al lado del Hudson, en un solar. Fue descubierto por un chiquillo. Solo le han dejado encima la ropa interior, pero entre sus dedos le habían puesto su cartera. Dentro estaba toda su documentación. Fue fácil identificarlo porque no le tocaron la cara. Fue la única parte del su cuerpo que no sufrió ningún daño.

—Claro que sí. Se la dejaron completa para ver sus muecas, toda su amargura mientras lo atormentaban. Esos condenados reptiles lo saben hacer muy bien.

—Estás muy nervioso, Don. Vete a dormir. O mejor que eso, pásate por casa. A Mary y a los pequeños les gustará verte.

—¿Alguna pista? —pregunté.

—Nada en absoluto —hizo una pausa y, de pronto, pareció darse cuenta con quien estaba hablando—. ¿Qué has sacado tú en limpio, Don?

—Nada —le respondí igualmente.

—Anda, ve a ver a Mary, y de paso, le dices que yo regresaré tardé.

—Tengo que ocuparme de una cosa.

—Tú no harás nada. Déjanos a nosotros. Les daremos su merecido. De eso puedes estar seguro, Don.

—Recibirán su merecido. De eso estoy seguro.

Colgué y encendí un pitillo.

Al McCaleb también fumaba.

No me gustaba su cara. Nunca me había gustado. Me pregunté por qué Oley había sido amigo de aquel tipo.

—Lo arreglaron bien, Al —dije—. No se conformaron con vaciarle un cargador. Antes de ello quisieron divertirse.

—Lo siento —dijo.

—Anda, dime algo.

Se puso a parpadear.

—No te comprendo, Don.

—Oley te distinguía con su amistad y he pensado que quizá fueses su confidente. Es lógico en nuestra profesión. Quizá Oley te contó algo a lo que tú no diste importancia, pero ahora resulta que la tiene. Haz un esfuerzo, chico.

Miró al techo, a las paredes y luego observó la punta de sus zapatos. Finalmente, depositó sus ojos en mí.

—No puedo ayudarte, Don. Te juro que Oley no me dijo nada acerca de lo que tuviese entre manos.

Nada iba a conseguir, de modo que dejé aquello y atrapé la guía de teléfonos. Nunca imaginé que fuesen tantos los Sheridan.

Disqué un número y me puse en contacto con cierta representante de botones. Luego fue una escritora, después una dibujante. Hice la cuarta llamada y oí una voz femenina.

—¿Sí?

—Señorita Sheridan, soy amigo de Oley Polter.

—¿Quién llama?

—Don Crane.

—Oí hablar a Oley de usted, señor Crane.

Di un suspiro de alivio.

—¿Podría verla ahora, señorita Sheridan?

—¿Tan importante es?

—Yo diría que, además de eso, es urgente.

—¿De qué se trata?

—Es preferible que usted y yo lo hablemos a solas.

Se tomó unos segundos para decidirse.

—Está bien, señor Crane. Lo esperaré aquí.

A continuación me dio su dirección.

—Estaré ahí antes de media hora —le dije, colgando.

Miré la botella de *whisky* al trasluz.

—Es un buen *whisky* —dije.

—Puedes llevártela, Don —dijo McCaleb.

—¿Cuánto, Al?

—Nada. Te la regalo.

Era mi noche de invitaciones. Pero esta vez acepté.

Cogí el frasco por el cuello y me dirigí hacia la puerta. Giré antes de tocar el pomo.

—Oye, Al.

—Dime, Don.

—Si te acuerdas de algo, llama a la oficina o a casa.

—Desde luego, Don, aunque no creo que Oley me contase nada.

—Es lo más posible, pero, ya sabes, a veces la cosa más trivial se convierte en lo importante de un caso. Hasta la vista, muchacho… ¡Ah! Y gracias por la botella.

CAPÍTULO IV

Ella me abrió… Era rubia, como Anna, pero los ojos de esta mujer que tenía ahora delante, eran mucho más hermosos. Todo lo demás era muy parecido. Esbelta, rostro sensitivo, boca de labios gordezuelos, muy rojos, y el pecho alto, muy firme. Se cubría con un batín de escote en uve y el color del batín era azul. Me presenté y ella dijo:

—Soy Kay Sheridan.

Acepté la mano que ella me daba y deseé conservarla mucho tiempo porque el calor que me transmitió era suave, tibio.

Me condujo a un *living* pulcro, elegante, y me invitó a que me sentase.

—Solo le puedo ofrecer ginebra —dijo—. El *whisky* se acabó.

Decidí probar su ginebra. Siempre es conveniente tomar algo en casa de una dama. Es una manera de prolongar la estancia si no hay otra a mano. Únicamente dejo de beber en casa de las feas.

Solo vino con un vaso.

—¿No bebe usted? —dije mientras lo cogía.

—Me mareo muy pronto…

Me pregunté qué es lo que haría ella cuando se sentía mareada. Debía ser una experiencia muy interesante Vi cómo me miraba y archivé el pensamiento.

Ella ocupó un sillón frente al mío, pero no cruzó las piernas.

—Oley Polter ha muerto —dije, brutalmente.

Su bonita cara se puso muy seria. Sus labios fueron a decir algo, pero se pusieron a temblar y no expresaron nada.

—Ha sido asesinado, señorita Sheridan.

—Perdone —dijo.

Se puso en pie y salió de la habitación.

Me quedé solo en el *living* con el vaso en la mano. Bebí otro trago y encendí un cigarrillo.

Oí pasos a mi espalda y luego ella apareció otra vez ante mis ojos. Parecía haber llorado.

—Lo siento, señor Crane.

—No tiene que disculparse, Kay. Es a mí a quién corresponde excusarme. Debí de darle la noticia con un poco más de tacto, pero pensé que, después de todo, llevaba solo unos días trabajando con Oley…

—El señor Polter era de esas personas a las que uno toma cariño inmediatamente.

—Sí, es una buena definición de él. Oley se hacía querer por todos cuantos le rodeaban.

Hubo una pausa después de los buenos pensamientos dedicados al difunto.

—Cuénteme lo ocurrido, señor Crane.

Le conté lo que había averiguado la policía, que no era mucho, pero le silencié lo que se refería a mi actividad. Cuando hube terminado, Kay se mojó los labios.

—Es realmente increíble que al señor Polter le haya ocurrido una cosa así.

—Usted era su secretaria, Kay. Vine aquí porque me imaginé que me daría alguna idea clara respecto al asunto por el que Oley ha sido muerto. ¿En qué caso se ocupaba actualmente?

—Trabajaba por cuenta de la señora Winters, Judy Winters.

—¿Qué asunto era?

—El marido de la señora Winters hacía demasiados viajes a Philadelphia y la esposa llegó a temer que él se viese con otra mujer.

—¿En qué se ocupa el señor Winters?

—Es un editor especializado en libros de siquiatría. Tiene sus oficinas en el edificio Millville, en Park Avenue.

—¿Y cuál es su domicilio particular?

—Glassboro, 334.

—Descríbame a la señora Winters.

—Es una mujer de unos treinta años de edad, morena —hizo una pausa —. Es muy bella y elegante.

—¿Ojos grandes y negros?

—Sí. ¿La conoce?

—Un amigo la vio anteayer en compañía de Oley —bebí otro trago de ginebra y agregué—: ¿En qué otro asunto se ocupaba su jefe, Kay?

—En ninguna otra cosa, que yo sepa.

—¿Qué logró averiguar Oley acerca de Winters?

—El señor Polter me dijo que la señora Winters tenía razón. Winters se veía con una pelirroja en Philadelphia. Ella es Norma Clayton y vive en Kensington Avenue, 124.

—Tiene buena memoria para los datos, Kay.

—El señor Polter no llevaba ningún registro y yo le sugerí su conveniencia. Este ha sido mi primer caso desde que empecé a trabajar con Polter y es natural que conserve en la memoria los nombres y direcciones. Más adelante se me hubieran olvidado.

—¿Cuándo vio por última vez a Oley?

—Ayer. Yo llegué a las ocho y media a la oficina y él ya estaba allí. Me dijo que debía marcharse a Philadelphia y que estaría ausente durante un par de días. Salía enseguida de viaje y me dijo que me podía ir a casa y que no regresase hasta mañana.

—¿Creyó usted que él realmente se iba a Philadelphia?

—¿Por qué no había de creerlo, señor Crane?

Guardé un silencio.

—¿De qué forma entró usted a trabajar con Oley?

Inspiró profundamente.

—Oley y mi hermano Sandy lucharon juntos en Corea. Yo vivía con mi familia en Albany y Sandy le escribió una carta a Oley diciéndole que quería emplearme en Nueva York. Había seguido un curso de secretarias. Oley contestó diciendo que podía estar con él, aunque no me podía pagar mucho. Me dejaba en completa libertad para aceptar otro empleo que fuese más remunerativo. Empecé a trabajar con Polter hace exactamente catorce días. Este apartamento pertenece a una hermana de mi madre que hace ahora un viaje por Europa.

Estábamos en un segundo piso. Unos neumáticos chirriaron abajo. Aposté a que en aquel automóvil viajaba mi amigo Decker.

Me puse en pie y dejé el vaso sobre la mesa ratona.

—¿Qué hará ahora, Kay?

—Supongo que tendré que quedarme aquí hasta que la policía termine su investigación.

—Sí, creo que la policía la va a molestar un poco.

Caminé hacia la puerta y ella vino conmigo.

—Gracias por todo, Kay —le dije.

Me sonrió suavemente.

—Ya le dije que Oley me habló de usted. Y lo hizo muy bien, por cierto. ¿Va a tratar de descubrir a los que lo mataron?

—Sí, Kay. Ese va a ser mi único empeño. La tendré al corriente.

El ascensor estaba subiendo. Me di mucha prisa en bajar la escalera. Había dejado estacionado mi coche dos manzanas más arriba porque di por supuesto que Decker llegaría allí de un momento a otro.

Vi el coche negro de la «poli» en la puerta, junto al bordillo de la acera. Había un hombre al volante. Yo no lo miré, pero sentí sus ojos en mi espalda mientras me retiraba.

Entré en mi «Ford» y me alejé de aquel lugar a toda velocidad.

Tenía que darme mucha prisa, porque Decker me estaba pisando los talones.

El 334 de la calle Glassboro era un edificio de aspecto muy saludable. El encargado parecía gozar de más buena salud aún. Era un tipo muy alto, de ceja espesas y nariz achatada.

—Soy Uver, el decorador —dije—. La señora Winter me citó hace tres días, pero olvidé la nota en el despacho. ¿Quiere decirme cuál es el número de su apartamento? —le pregunté, al propio tiempo que le cedía dos billetes de a dólar.

—El 24 —respondió, aceptando el soborno.

Mientras me dirigía al ascensor prometí que si quedaba algún

apartamento libre no me mudaría a aquella casa.

Subí arriba y apreté un timbre que produjo un campanilleo.

Me abrió la dama. Solo podía ser ella. Morena, de unos treinta años, esbelta y con todo lo que una mujer debe tener para volver loco a un hombre. ¿Por qué infiernos Donald Winters no se daba por satisfecho?

La observé demasiado tiempo sin decir nada, y ella levantó su naricilla.

—¿Qué desea?

—Soy un amigo de Oley Polter. Mi nombre es Don Crane. ¿Puedo pasar?

Titubeó un instante, pero finalmente se apartó del hueco.

Fuimos a un *living*. Vi muebles lujosos, alfombras lujosas y también había un bar puesto con mucho lujo.

Norma Winters se cubría con una blusa blanca, muy fina, que transparentaba una combinación roja. La falda era negra y la ceñía mucho.

No me invitó a que me sentase.

—Usted dirá —dijo.

—Han matado a Polter.

Su rostro siguió siendo inexpresivo. Quizá yo había ido a visitar a la Esfinge.

—Me deja usted asombrada —dijo, con el mismo tono de voz que si yo le acabase de comunicar la muerte de una mosca.

Le hubiera podido decir que le mentía, que no esta asombrada, pero decidí dejarlo para después.

—Quiero que se entere cuanto antes de una cosa, señora Winters. Mi amigo solo se ocupaba de su asunto.

—No lo entiendo. ¿Qué quiere decir con ello?

—Torturaron a Oley antes de meterle cinco balas en el cuerpo.

Trató de sonreír, pero lo consiguió a dudas penas.

—No me irá a hacer creer que el señor Polter ha muerto en un exceso de celo por llevar a buen fin la investigación que yo le encargué.

—Demuéstreme que yo estoy equivocado.

Se puso otra vez muy seria.

—No sea estúpido, señor Crane.

Meneé la cabeza.

—De esa forma no llegaremos a ninguna parte.

—No tengo por qué darle a usted explicaciones.

Carraspeé suavemente y tomé asiento en un sillón. Era un estupendo mueble. Prometí comprar uno en cuanto tuviese doscientos dólares de más.

Miré a la muñeca cara. Su pecho subía y bajaba al compás de una agitada respiración.

—Gracias por haber venido a dar la noticia, señor Crane. Ahora quiero que se marche.

—Estoy aquí muy bien.

—Mi marido puede llegar de un momento a otro.

—Vaya, ya salió. ¿Qué cree que me haría, señora Winters?

—Arrojarlo de aquí por la fuerza.

—¿Él solo o emplearía a un matón?

Levantó otra vez la barbilla.

—Es una broma de pésimo gusto.

—Usted se educó en buenos colegios, nena. Yo no porque tuve que trabajar desde muy pequeño —me eché en el respaldo mirándola fijamente —. Y para que no tengamos que repetir las cosas, le aclararé algo. Yo vine aquí para ofrecerle mi ayuda, señora Winters no para recibirla de usted.

—No necesito su ayuda para nada.

Hice chasquear la lengua.

—Ahí es donde se equivoca. En cuestión de minuto; tendrá usted aquí a la policía. Y a ellos les tendrá que responder, a menos que se quiera meter un poquito más en el lío en que ya está envuelta.

—Eso es absurdo. No tengo nada que ver con la muerte del señor Polter.

—Eso es lo que usted dice. Veamos, señora Winters. Usted encargó a Oley que vigilase a su marido, porque él, a juzgar por las apariencias, viaja con demasiada frecuencia a Philadelphia. Mi amigo Oley se pone a trabajar en el asunto y descubre que allá hay una pelirroja, una tal Norma Clayton. Oley se lo comunica a usted y, de pronto, a él lo liquidan de una manera ignominiosa. ¿Va a seguir diciéndome que lo suyo no tiene nada que ver con la muerte de mi amigo?

—Eso se justamente lo que he dicho y se lo repito. ¿O es que ha pensado que por saciar mi venganza en alguien lo maté yo misma por haber descubierto que Donald me engañaba?

—¿Y si hubiese sido su marido? —disparé a ciegas.

Rio sarcásticamente.

—Es el mayor disparate que he oído en mi vida.

A mí también me lo parecía, pero un detective no puede estar seguro nunca de nada... Las cosas que parecen más inverosímiles ocurren todos los días. Uno trata de convencerse de que cierta clase de sucesos no tienen ninguna explicación lógica, pero ahí están vivos, palpitantes, para demostrar que no puede equivocarse cada veinticuatro horas.

—¿Dónde está su marido, señora Winters? —pregunté.

Sus mejillas se sonrojaron.

—Usted lo sabe.

—No lo sabía, señora Winters, pero ahora lo comprendo perfectamente. Fue a Philadelphia en viaje de negocios.

—Es usted un grosero.

—Quisiera hacerle una pregunta y enseguida me retiraré. Naturalmente, una vez que haya logrado su respuesta.

—Está bien. Pregunte y márchese cuanto antes.
—¿Cuándo le dio Oley la información respecto a su marido?
—Hace cuatro días.
—¿Dónde?
—Yo lo llamé desde aquí a su oficina.
—Así que fue por teléfono.
—Sí.
—Estupendo, señora Winters. Dígame entonces ahora por qué usted y él tuvieron que reunirse en el bar «Tampico», reservado número tres, anteayer a las seis de la tarde.
Mordióse el labio inferior y yo me preparé para oír la mentira de turno.
—Fui a pagarle.
—¿Por qué no lo hizo en su oficina?
—Eso es lo que le sugerí, pero el señor Polter me dijo que tenía trabajo.
Era una respuesta hábil. Con ello me daba a entender que Oley estaba ocupado en otra cosa.
—Pruebe otra vez, señora Winters.
Apretó los labios.
—¿Es que no me cree, señor Crane?
—No. No la creo. Oley no era de la clase de tipos que citan a una dama como usted en un bar de tercera categoría para cobrar sus honorarios. Usted fue a su oficina para encargarle el asunto, puesto que la secretaria de Oley la vio perfectamente. ¿Por qué infiernos no iba a ir allí para dejar zanjado el asunto después que Oley descubrió lo de su marido?
—No quiero hablar con usted.
—Prefiere a la policía, ¿verdad?
—Ellos comprenderán que estoy diciendo la verdad.
Tenía razón en eso, ya que los de Homicidios tendrían que admitir su versión del asunto, aun cuando naturalmente, hiciesen una verificación respecto a la andanzas del supuestamente marido infiel.
Me puse en pie.
—Gracias por todo, señora Winters. ¿Le gusta así?
—Es usted odioso.
—Voy a seguir investigando, señora Winters.
—Por mí puede hacer lo que quiera, pero no trate de volver a verme.
—Eso no puedo prometérselo. Han matado a mi amigo, señora Winters. Y eso es lo único importante para mí.
Salí del apartamento.
Abajo, el encargado estaba junto a la puerta.
—¿Le decoró algo, señor Uver? —dijo.
Sentí deseos de tumbarle de un puñetazo, pero no me detuve.
Cuando me alejé de allí en mi «Ford», todavía estaba por llegar el coche de la policía.

CAPÍTULO V

En aquel asunto había tres mujeres. Una rubia, Kay Sheridan; una morena, Judy Winters. Me faltaba conocer a la pelirroja Norma Clayton.

Eran las nueve de la mañana cuando pulsé el botón de su puerta, en Philadelphia.

Esperé un rato sin que me abriesen y volví a llamar.

Tampoco hubo respuesta. Puse la mano en el tirador, pero no obedeció a mi impulso.

En eso se abrió la puerta de al lado, la marcada con el número 14, y vi salir a un tipo huesudo con una caja de violín en la mano.

Cerró y me miró por encima de sus gafas.

—Es inútil que espere —dijo—. Ella no está.

—Bueno —repuse, sonriendo—. Puedo esperar a que regrese.

Él también sonrió.

—Me temo que se haría muy viejo. La señorita Clayton se marchó con sus valijas.

Solté una imprecación para mis adentros.

—Ella no me anunció que fuese a emprender un viaje —murmuré, diciendo la verdad.

—Quizá lo pensó a última hora.

—Sí, ha debido ser eso —asentí—. ¿Cuándo se marchó?

—Anoche.

—¿Sola?

—No. Vino su primo a por ella.

—¿Su primo Johnny?

—No. Me dijo que era Ralph. Justamente yo llegaba cuando ellos salían.

—Ya sé, Ralph, un tipo moreno de unos veinticinco años.

—No. Era rubio. Solo acertó la edad —frunció el ceño, observándome con más atención—. ¿Quién es usted? Todavía no lo ha dicho.

—Mark Holliday, un amigo de ella. Me dedico a lo seguros. Norma y yo nos encontramos un día en la calle y quedamos en que yo pasaría por aquí para hacerle una póliza. Bueno, creo que si usted me dice su nueva dirección todavía podré hacer el negocio.

—Lo siento, pero no me dijo dónde iba.

—Caramba, eso sí que es una contrariedad.

—Pregunte al encargado.

—Sí, eso es lo que haré.

Pasó por mi lado y yo fui detrás.

Empezamos a bajar la escalera.

De pronto, hice chasquear los dedos. El huesudo se detuvo volviendo la cabeza.

—¿Qué le ocurre, Holliday?

—Estaba pensando en Winters, el amigo de Norma. Seguro que él conoce su paradero.

—Creo que se equivoca. Winters tampoco lo sabe.

—¿Por qué está tan seguro?

—Es muy sencillo. Ella y él pelearon.

—No me diga.

—Tenía que haber oído los gritos que daban ayer a media tarde.

—¿Sí? ¿Qué es lo que decían?

—Norma le insultó mucho. Le dijo al tipo que él no servía ni para limpiarle los zapatos y que era un cobarde. Sí, eso es lo que le dijo. Que no tenía agallas.

—¿Y Winters? ¿Se quedó callado?

—No. Él también gritaba. La llamó unas cuantas cosas feas y luego se marchó pegando un portazo.

—Vaya parece que no estoy en mi día de suerte —le sonreí otra vez, señalándole con el dedo—: Quizá usted aceptaría una póliza.

—¡Oh, no, gracias! —respondió.

Y se puso a bajar las escaleras más aprisa. Al llegar abajo, escupió un saludo y salió a la calle.

Me quedé junto a la puerta del encargado. No había visto a este al subir. Llamé con los nudillos y apareció en el hueco un tipo muy obeso de triple papada.

—¿Qué quiere? —preguntó, bruscamente.

—Subí arriba para hablar con la señorita Clayton.

—Ya no está. Salió de viaje.

—Eso ya lo comprobé. Quisiera que me largase su nueva dirección.

Me miró de arriba abajo y luego de abajo arriba.

—No dijo a dónde iba.

Eché mano a los dos billetes de a dólar. Miró el dinero y sacudió la cabeza en sentido negativo.

—No, míster, no la dio.

—¿Ni por cinco dólares?

—Me gusta la plata, pero también me gusta decir la verdad.

Le di, de todas formas, los dos dólares.

—Está bien, le creo, pero hábleme de ella.

—¿Es de la poli?

—Solo un detective privado.

—Hay poco que contar.

—A veces, un poco es bastante para nosotros.

Guardó los dos billetes, y dijo:

—Ella vino aquí hace cosa de un año. Me pareció una chica extraña. Se marchaba por las mañanas y no regresaba hasta la noche. Intenté saber algo acerca de ella, pero eso fue imposible. A la señorita Clayton no le gustaba la conversación. Luego, hace cosa de cuatro meses, empezó a visitarla un tipo muy guapo que parecía tener mucho dinero.

—¿Le dijo él que lo tenía?

—No. Fue simplemente una impresión mía.

—¿Cuál era su nombre?

—Yo no lo supe porque me lo dijese él, sino por Phil Wallace, el violinista. Su nombre era Donald Winters —sacó un paquete de cigarrillos y me ofreció, pero yo no acepté. Encendió y después de arrojar una bocanada de humo, siguió hablando—: Ellos no salían del apartamento.

—¿Venía Winters a verla con mucha frecuencia?

—Un par de veces por semana.

—¿Qué hay de otros hombres?

—Solo vino el rubio y eso ocurrió hace tres días. Habló conmigo. Dijo que era primo de ella, pero yo no me lo creí.

—¿Dio su nombre?

—Sí. Ralph Stucker. Me hizo unas preguntas acerca de Norma.

—¿Qué clase de preguntas?

—Quiso saber lo mismo que usted, si aparte de Winters había otros hombres en la vida de Norma. Yo, naturalmente, le dije que no.

—¿Cuánto dinero le dio él?

Hizo una pausa, mirándome a los ojos.

—Veinticinco dólares. Fue muy generoso.

—Y, naturalmente, por ese dinero usted le habló del otro detective.

Frunció el ceño.

—¿Qué otro detective?

—Usted lo sabe perfectamente. Uno de estatura regular, moreno, de unos setenta y cinco kilos de peso, ojos castaños y nariz aguileña.

Transcurrieron unos segundos antes de que contestase.

—Sí, ahora que caigo, conocí a ese tipo hace una semana. Vino aquí interesándose por Norma. Me dio cinco dólares.

Me dije que aquel hombre iba a echar mucho de menos a Norma Clayton. Todos nos habíamos empeñado en darle dinero y él tenía muy poco que decir.

—He oído muchos nombres, pero no el suyo —dije.

—Greg Martin.

—Muy bien, Greg. Quiero que me lo cuente todo.

Enarcó las cejas.

—Ya se lo he contado.

—¿Cuándo fue la última vez que vio al otro detective?

—Solo lo vi una vez. El día que vino a por su información y eso ocurrió hace unos siete u ocho días.

—¿Está seguro de que él no volvió?

—No, desde luego.

—¿Está usted permanentemente aquí?

—Apenas me muevo un minuto.

—Sin embargo, yo pude subir al apartamento de la señorita Clayton sin que usted me viese.

Se quedó de muestra.

—Bueno, eso no ocurre muy a menudo.

—No, ya me lo imagino. Solo cuando a alguien se le ocurre evitarle a usted para llegar al apartamento que le interesa.

Se humedeció los labios con la lengua porque no sabía qué contestar.

Le hice un saludo con la mano y salí de la casa.

Vi un bar casi enfrente. Se llamaba «Berlín». Entré allí y me senté junto a una ventana desde la que dominaba el acceso al edificio del que Greg Martin era el encargado.

Stewart Decker no podía tardar mucho en llegar.

—¿Qué desea? —preguntó una voz.

Era el mozo, un tipo de nariz muy colorada y mentón puntiagudo.

—Un *whisky*.

Me lo trajo y empecé a beberlo a pequeñas dosis. Fumé un par de cigarrillos. Más tarde pedí otro *whisky* y despaché otros dos pitillos.

Consulté el reloj. Llevaba allí más de una hora y media.

Me pareció muy extraño que Decker no hubiese llegado.

Le hice otra señal al mozo y me trajo el *whisky* sin pedírselo. Le pregunté qué le debía y le aboné la cuenta, agregando dos dólares de propina. Precio único.

—Un amigo estuvo vigilando esa casa desde esta ventana hace unos días. ¿Se acuerda, muchacho?

Me miró con prevención.

—No se inquiete —le dije—. Esto es una cosa de tipo particular.

Miró también a la casa donde había vivido Norma Clayton y luego de volver los ojos hacia mí, sacudió la cabeza.

—Sí.

Repetí la descripción de Oley.

—Vino unas tres o cuatro veces —repuso el mozo—. La primera ocurrió hace cosa de una semana y luego siguió viniendo. Se sentaba en el mismo lugar donde usted se encuentra ahora y se ponía a mirar hacia la casa. Solo bebía *whisky*.

—¿Le hizo alguna pregunta a usted?

—Sí, se refirió a la pelirroja, pero yo no tenía nada que contarle. Me he fijado en ella muchas veces, pero siempre la vi de lejos. Nunca se llegó

aquí.

—Ha dicho antes que mi amigo vino varias veces. ¿Cuándo lo vio por última vez?

—Anteayer.

—¿A qué hora?

—Sobre las cinco de la tarde. Por cierto que abandonó la mesa repentinamente. Lo recuerdo porque dejó el dinero sobre el mostrador y un billete cayó en el suelo. Me llamó la atención y salí a la puerta. Vi a su amigo que parecía muy interesado en un hombre que indudablemente había salido de la casa.

—¿Se fijó en ese hombre?

—Sí, era un tipo muy alto, de cabello castaño. Se metió en un coche y su amigo ocupó otro que estaba de este lado y se puso a seguir al de delante.

—Y desde entonces no lo ha vuelto a ver.

—No, no lo he visto. ¿Le ocurrió algo a su amigo?

Sacudí la cabeza. No valía la pena hablar de la muerte de Oley.

El mozo se marchó detrás del mostrador.

Permanecí pensativo durante los treinta minutos siguientes y por último decidí meterme en la cabina.

La voz de un policía me preguntó qué deseaba y yo le dije que necesitaba hablar con el teniente Decker. Anunció que pasaba la comunicación.

—¿Sí? —oí decir a Stewart.

—Imaginé que me darías alcance en Philadelphia.

Soltó una risita.

—¿Qué iba a hacer yo en Philadelphia?

—Creo recordar que te interesabas por un caso de asesinato. Concretamente, el que se refiere a un tipo llamado Oley Polter.

—Sí, eso es lo que me interesaba, pero me ocurre una cosa, Don. Pierdo interés por un caso cuando queda resuelto.

No dije nada durante un rato y él saboreó su triunfo en silencio.

—Está bien, Stewart —dije—. Cuéntame la historia.

—Atrapamos al asesino.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—¿Quién es, teniente?

—Ray Antlers.

—No conozco a ningún Ray Antlers.

—Es un expresidiario. Justamente su última condena se la debía a Oley Polter. Oley Polter hizo una investigación relacionada con un cliente que deseaba conocer las andanzas de un muchacho menor de edad. El muchacho era adicto a las drogas y Oley llevó tan bien su investigación que descubrió a toda la banda. El jefe resultó Ray Antlers, aunque Oley

opinó que Antlers solo era un testaferro. El fiscal apretó las clavijas a los detenidos, pero no pudo hacerles declarar contra ninguna otra persona. De resultas de aquello, Ray se pasó tres años en presidio. Durante todo ese tiempo incubó su odio contra Oley. Salió hace cosa de tres meses y parece que solo se preocupó de dar muerte a Oley.

Yo no tenía nada que decir. Si me hubiesen pinchado no me habrían encontrado en mí una gota de sangre. Estaba preparado para oír cualquier cosa menos aquel relato.

Cerré los ojos fuertemente mientras me pasaba una mano por el cabello.

—Y todo lo ha confesado él, ¿verdad, Stewart?

—Sí, muchacho.

—¿Podré hablar con Ray Antlers?

—Eso es imposible.

—Te prometo que dejaré la pistola en tu poder antes de entrar en la celda.

—No es posible por una sencilla razón. Ray Antlers está muerto.

Hubo otra larga pausa.

—Ya entiendo —dijo—. Se ahorcó de uno de los barrotes en un descuido del vigilante.

—No, Don. Ray Antlers estaba muerto cuando nosotros llegamos a su lado en una casa del Bowery.

—¿Qué infiernos dices, Stewart?

—Dejó escrita su confesión y es auténtica.

—¿Qué quiere decir auténtica?

Dio un suspiro maldiciendo en voz alta mi ignorancia.

—Te he dicho que Ray Antlers era un expresidiario. Tenemos en nuestro poder muchas pruebas caligráficas para compararlas con su carta. Nuestros peritos han establecido que la confesión de Ray Antlers fue escrita por él mismo, de su puño y letra. No hay absolutamente ninguna duda acerca de eso.

—¿Tendrías inconveniente en leerme esa confesión?

—Claro que no, detective.

Abandonó el micro durante unos instantes y regresó. Oí los crujidos de un papel y luego otra vez la voz del teniente.

—Atención, dice así: «He matado a Oley Polter. Estaba en deuda conmigo y ahora hemos quedado a la par. Juré que no me cazaría la policía y yo cumplo siempre mi palabra. Ray Antlers».

Sobrevino otro silencio.

—¿Satisfecho, Don?

—No.

—Me lo imaginaba. Tú hubieses querido ser el que terminase con él, y, de pronto, te encuentras con que el drama ha llegado al último acto sin

que tú hayas tenido oportunidad de salir al escenario. El director suprimió tu papel en el último momento, cuando tú ya te lo tenías aprendido.

—Cada vez eres más ingenioso, Stewart.

—Gracias, chico.

—¿Cómo llegasteis a esa casa del Bowery?

—Una pistola hace mucho ruido cuando se dispara. La vecina de Ray Antlers estaba segura de que el estampido no se debía a ningún tubo de escape. Nos hizo una llamada y nosotros nos llegamos allí. La puerta del apartamento de Ray Antlers estaba cerrada por dentro.

—¿No da la ventana a ninguna escalerilla de incendios?

—Sí, pero la ventana también estaba cerrada y nuestros técnicos de laboratorio no encontraron ninguna huella, a excepción de las dejadas por el propio Antlers. Oye, muchacho, el asunto está claro. Ray Antlers tenía un motivo para desear la muerte de Oley. Antlers se dio cuenta de que no tardaría en caer en nuestras manos y que eso significaría para él la silla eléctrica. Así que se levantó la tapa de los sesos.

—Pero antes escribió su cartita.

—Naturalmente. Era la satisfacción de su ego. Es una cosa completamente normal, y si piensas otra cosa, no tienes más que gastarte cinco dólares en consultar el caso con cualquier siquiatra. Él te dirá que un individuo que se encuentra en la situación de Antlers escribiría su confesión antes de pegarse un tiro.

—¿Así que el caso ha quedado listo?

—¿Qué infiernos quieres dar a entender?

—Nada, muchacho. Solo eran ganas de hablar. Mi enhorabuena, Stewart. Y de paso traslada mi felicitación a tus muchachos.

Colgué, pero quedé dentro de la cabina apoyado en la pared. No sé por qué, me había invadido un gran frío. Y eso me hizo recordar en lo frío que estaría Oley Polter en su fosa.

CAPÍTULO VI

No, no había nadie en el corredor esperándome.

Abrí la puerta que comunicaba con la sala de espera de mi oficina. Siempre la dejo abierta.

Tampoco había nadie.

Saqué la llave y la metí en la cerradura. Mi despacho estaba como yo lo había dejado.

Lo primero que hice fue sacar la «Smith y Wesson» y comprobar que funcionaba a las mil maravillas.

La dejé sobre la mesa, a mi alcance. Luego me senté en el sillón y me puse a esperar fumando un cigarrillo con las manos sobre el pecho, mirando fijamente a la puerta.

Tenían que venir a por mí. Eso era una cosa cierta. Podía ser de un momento a otro o quizá dejasen transcurrir unas cuantas horas. Pero al final vendrían porque yo tenía algo muy importante que no me pertenecía. Una caja que contenía cocaína por valor de trescientos mil dólares. Y eso era mucho dinero. Demasiado para dejarlo perder.

Un reloj lejano dio seis campanadas. Miré por la ventana al cielo. Estaba nublado. Quizá nevase. Sería la primera nevada del año.

Tiré de un cajón y saqué una botella de *whisky*. Debía estar preparado. Yo no quería congelarme. Bebí un largo trago de *whisky* y en eso la puerta de la sala de espera se abrió.

Alargué la diestra y atrapé la pistola apuntando con ella a la puerta.

Vi una sombra larga y ancha a través del cristal esmerilado. Moví el cañón para que la bala acertase el pecho a la primera. Estaba dispuesto a apretar el gatillo sin ninguna dilación si el tipo aparecía armado. Lo dejaría seco.

Se abrió la puerta.

No, el tipo no estaba armado. Era grande, enorme, de cabeza poderosa y anchos hombros. Se cubría con un abrigo de piel de camello y con un sombrero de fieltro. Sus ojos eran muy pequeños. Era lo único pequeño que había en aquel cuerpo de ciento diez kilos.

Se había detenido al verme con la pistola e inició una sonrisa.

—Matando el tiempo, ¿eh? —dijo.

Hacía chistes y todo.

Vi sus manos fuera de los bolsillos, pero, a pesar de ello, yo no solté la pistola.

—¿Quién es usted y qué quiere? —pregunté.

Cerró a sus espaldas y echó a andar hacia la mesa.

—¿Puedo sentarme? —dijo.

—Inténtelo.

No supo si era una amenaza y se quedó de pie.

De pronto, se echó a reír.

—No se lo tome así, señor Crane. No vengo a robarle.

—No podría, aunque quisiese.

—Usted no es muy cordial que digamos.

—Desembuche de una vez.

—Está bien —dijo, dando un suspiro—. Le he traído un montón de billetes.

—¿Para mí?

—Claro que sí. Para usted.

—No me diga que es por descubrir el paradero de un hermano suyo que se marchó hace veinte años a Alaska.

Rio otra vez.

—No, no es por eso —admitió.

—Suéltelo ya.

—Le compro la caja.

—¿Qué caja?

—La que usted se llevó de la estación.

Bien, no me había equivocado. Allí estaba el representante de los contrabandistas de drogas.

—¿Quién lo envía?

Movió la cabeza de un lado a otro.

—Ese no es el juego, Crane.

—Yo soy el que dicta las reglas.

—No, Crane. Eso no puede ser.

Fue a meter la mano por entre su abrigo hacia la axila.

—Deje las manos quietas o mato otra vez al camello —dije.

Se quedó inmóvil.

—Solo iba a sacar los billetes.

—No me interesan.

—¿Qué dice? Todavía no sabe la cantidad que le voy a dar.

—Eso no importa.

No dije nada y él sonrió.

—Está mareado, ¿verdad? Diez mil pavos son para marear a cualquiera.

Estuve tentado de apretar el gatillo para demostrarle que no estaba mareado, pero él era el eslabón y yo no podía perderlo.

—¿Puedo sacar el dinero? —dijo.

—No.

Arrugó el entrecejo.

—Oiga, Crane, ¿por qué no se pone en razón? Esa caja no le pertenece.

—No, eso es cierto, pero le costó la vida a un amigo y yo voy a

achicharrarle las tripas al que lo liquidó. La caja me proporcionará la oportunidad de llegar hasta su verdugo.

Se echó a reír por tercera vez.

—Creo que usted está mal informado.

—¿Sí?

—A su amigo no lo mataron por la caja. Fue una venganza.

—Sabe mucho.

—Tengo un amigo en el departamento de la policía. Ray Antlers mató a Oley Polter por venganza. Comprendo que usted esté afectado, pero la vida es así.

—Huele a podrido.

—¿Cómo dice?

—La historia, la fábula, el cuento.

—¿Piensa acaso que Ray Antlers escribió su confesión y se pegó el tiro solamente por su gusto?

—No, mastodonte. Tampoco fue así. A Ray le obligaron a escribir la carta.

Soltó una risotada.

—Claro que sí. Lo convencieron para que se dejase matar prometiéndole un puñado de dólares.

—No, mastodonte. A Ray lo engañaron como a un chino. Yo imagino así las cosas. A Ray le dijeron que escribiese la carta y que luego se retiraría de la circulación dejando en su lugar el cadáver de cualquier persona con el rostro desfigurado para hacerlo pasar por él. Naturalmente, le añadieron unos cuantos miles para que diese la conformidad. Ray vio el negocio seguro. Todo era estupendo y claro. Se fio de sus verdugos. Pero ellos habían preparado mejor las cosas. Necesitaban que el cadáver fuese el de Ray para dar más verosimilitud a la confesión. No podían correr ningún riesgo. La policía debía tener en su poder el auténtico cadáver de Ray Antlers.

Hubo una pausa. El grandullón ya no reía. Estaba serio. Muy serio.

—Se está metiendo en complicaciones, Crane.

—Me gustan las complicaciones.

—Usted es un buen detective.

—Gracias.

—Somos muchos los que lo sabemos en esta gran ciudad. Ha hecho buenos trabajos, pero no olvide una cosa.

—¿El qué?

—Hubo otros sabuesos antes que usted que se cubrieron de gloria. ¿Y sabe dónde están? —me enseñó los colmillos—. En la fosa. Todos, sin excepción.

—Conozco uno que morirá de viejo.

—No, Crane. Usted no va a ser ese.

Me estaba amenazando y yo tenía una pistola en la mano. Era un tipo muy valiente.

Apreté la culata con un poco más de fuerza y él se dio cuenta de aquel movimiento. Dijo con tono más persuasivo:

—Vamos, Crane, ¿por qué infiernos tenemos que pelear?

Fruncí los ojos.

—Estoy dispuesto a devolver la mercancía.

Empezó a abrir la boca, pero no dijo nada porque se había quedado sin hablar.

—Con una condición —agregué.

—¿Cuál?

—Yo seré quien entregue la caja.

—No tiene que molestarse. Vine aquí por eso. Para ahorrarle el viaje. Usted se queda con los billetes frescos y yo me llevo la nieve. En cuanto yo haya salido de aquí, usted se pone a disfrutar de la vida. Infiernos, este año las mujeres están mejor que nunca.

—Sí, hubo una cosecha buena, pero sigo pensando en que quiero entregar personalmente la mercancía.

Dibujó una mueca.

—Parece terco.

—Lo soy. Deme una respuesta.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—No me autorizaron más que a recoger la caja y pagarla.

—Está bien. Transmita mi deseo. No me moveré de aquí.

Titubeó unos segundos y luego exhaló el aire que contenían sus pulmones.

—No lo entiendo. Palabra que no lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiende?

—Que un hombre pueda rechazar diez mil pavos de la forma que usted lo hace. Es lamentable. Muy lamentable.

—Si va a ponerse a llorar será mejor que salga. No me gusta que me manchen la oficina.

Las venillas de sus sienes empezaron a hincharse. Vi sus deseos de abalanzarse sobre mí, pero hizo un cálculo de sus probabilidades y debió llegar a la conclusión de que antes de que me echase la zarpa encima, yo le clavaría una posta en su enorme cabeza. Y no estaba desacertado.

—De acuerdo, Crane. Iré a dar su recado.

—Buen muchacho.

Dio media vuelta y echó a andar, pero se detuvo en la puerta y giró la cabeza.

—¿Ha dicho que va a estar aquí?

—Sí, pero mejor será que no intente conseguir nada por las malas. Voy

a continuar toda el rato con la pistola en la mano. Usted se libró de la muerte porque se llegó aquí con las manos vacías. Solo por eso continúa respirando, mastodonte. Recuérdelo.

Permaneció mirándome un rato, y por último asintió.

—No haré trampas —dijo.

—Largo.

Se marchó y yo alcancé otra vez la botella con la mano libre cuando la puerta de la sala de espera se hubo cerrado.

Encendí un cigarrillo y el tiempo siguió transcurriendo lentamente. No apartaba mucho los ojos del vidrio esmerilado, a pesar de las promesas de paz del mastodonte. Ellos podían jugármela. Estaban dispuestos a todo y yo lo sabía.

En eso sonó el teléfono.

—¿Señor Crane? —dijo una voz femenina.

—Sí.

—Soy Kay Sheridan. He estado llamando unas cuantas veces a su teléfono.

—Estuve en Philadelphia, Kay.

—¿Está enterado de lo de Oley?

—Sí.

—Comprendo que para usted habrá sido muy doloroso, pero al menos le quedará la satisfacción de saber que el asesino está muerto.

—Sí, Kay —dije, porque no quería desmentirla.

Hubo una pausa.

—¿Qué va a hacer, ahora que la policía también ha terminado con usted, Kay?

—He llamado a unas cuantas amigas por si alguna de ellas me pudiera proporcionar una colocación. Estaré en Nueva York una semana. Es a lo que me alcanzan mis ahorros. Si para entonces no he encontrado empleo, regresaré a Albany.

Pensé en ella, en su figura esbelta, en su bonito cara y en sus grandes ojos y en todo lo demás, que no era poco, y me la imaginé enfrente de mí con el bloc de notas y el lápiz en la mano esperando mi dictado Era un hermoso cuadro. Y quizá también valiese como secretaria.

—Oiga, Kay —empecé a decir.

Y me interrumpí.

—Le escucho, Don —dijo ella, rápidamente.

De pronto, me había acordado de que aquel no era el mejor momento para que yo tomase una secretaria. Aparte de que mi cuenta corriente sufría un gran ataque de anemia, estaba metido en un buen jaleo. Yo podía jugar la piel a cualquier hora del día, porque cuando me acertasen no dejaría a nadie detrás de mí, pero no tenía ningún derecho a arriesgar la vida otra persona.

—La llamaré un día de estos, Kay. Quiero invitarla a cenar.

—Sí, señor Crane —dijo, con voz en que creí percibir un tono de decepción.

—Por favor, Kay, no me llame señor Crane. Don a secas.

—Sí, Don. Esperaré su llamada.

Colgó y yo lo hice a continuación.

Enseguida volvió a sonar el timbre.

—¿Don Crane? —dijo una voz varonil.

—El mismo, mastodonte.

—Han dado la conformidad.

—¿Dónde es la recepción?

—Eso no lo sabrá usted.

—Vaya, siempre me han gustado las sorpresas.

—Dentro de una hora ha de estar en la calle 62, esquina con la 68. Un hombre saldrá a su encuentro. Se dará a conocer llamándolo por su nombre y él le preguntará por la caja. Usted la debe llevar en el bolsillo y se la enseñará.

—Continúe. Todo eso es muy emocionante.

—Viajarán en un coche. En el de él, naturalmente.

—¿Qué más?

—Eso es todo. El guía lo conducirá al lugar donde lo estará esperando el jefe.

—Enterado.

—No intente nada, Crane.

—¿Qué podría intentar?

—Avisar a la policía, por ejemplo.

—¿Y qué pasaría si la avisase?

Me llegó su risita por el tubo.

—Lo sabríamos al instante. ¿Usted lo entiende, Grane? Puede probar, si, quiere. Póngalo en conocimiento de los polis, y nosotros estaremos al corriente un par de minutos después de que usted haya hecho su llamada.

Le creí a pies juntillas. Los tipos que trafican en drogas están en todo. Es un negocio muy saneado y hay que asegurarlo bien contra todos los riesgos.

—No he pensado en ello ni por un momento, mastodonte.

—Muy bien, Crane. Eso es todo.

Cortamos la comunicación.

Encendí un cigarrillo y me retrepé en el sillón, poniendo los pies sobre el borde de la mesa.

Solté una carcajada. Me estaba burlando de mí mismo. Me han tendido muchas trampas en mi vida, pero en esta ocasión no habían tenido necesidad de ello. Yo mismo la había construido pieza a pieza. Y nadie me iba a empujar para que quedara dentro. Y cuando eso ocurriese, no habría

ninguna escapatoria para mí.

«¡Qué gran detective eres, Don Crane! ¿Por qué, para variar, no te atas tú mismo la piedra al cuello y te arrojas al Hudson? También podrías dejar tu confesión. Sería mucho mejor que la de Ray Antlers. En ella contarías lo de la caja de cocaína y eso serviría para que la policía metiese mano a la pandilla…».

De pronto, interrumpí mi monólogo. Todo sucedió muy aprisa.

La puerta de la sala de espera chirrió.

Apareció una sombra en el vidrio, pero ahora mi visitante tenía las manos en los bolsillos.

Empezó a abrirse la puerta y yo bajé los pies de la mesa y me abalancé sobre la pistola, listo para apretar el gatillo, echando el torso hacia delante.

En el hueco apareció Stewart Decker.

CAPÍTULO VII

El teniente me miró con los ojos fruncidos.

Súbitamente sentí como mi cuerpo se bañaba en sudor.

Stewart también se dio cuento de que entre que él estuviese vivo o muerto solo había existido una inapreciable diferencia de tiempo.

Cerró la puerta y acercóse al sillón de los clientes, donde se dejó caer. Yo continué inmóvil, echado sobre la mesa, con la pistola en la mano.

—¿A quién vas a matar, Don? —preguntó.

Le dirigí una sonrisa.

—Todos los días me entreno durante quince minutos. Tú llegaste en el momento justo.

—Procuraré no venir a molestarte a estas horas para no interrumpir tu entrenamiento.

Guardé la pistola en el bolsillo de la chaqueta y volví a ocupar mi sillón.

Stewart sacó una pastilla de goma de mascar y se la metió en la boca.

—¿Todo va bien, Don?

—No tengo un solo cliente, si es a eso a lo que te refieres.

—Lo bueno de ti es que, pudiendo ganar dinero a espuertas, haciendo lo que los demás, prefieres andar por ahí jugando al *Príncipe Valiente.*

—Tú ya lo sabes. Soy un niño.

—¡Y un cuerno! A mí no me engañas, Don. Soy teniente de la policía y sabes que no me ascendieron por lisonjear a nadie.

—Lo sé.

Me señaló con el dedo.

—Vi tu cara al entrar y también vi tu mirada y observé en tus ojos el deseo de matar.

No tenía nada que objetar, pero empecé a decirme que el teniente Decker iba a ser un estorbo. Yo tenía una cita muy importante y por nada del mundo dejaría de acudir a ella.

—Son suposiciones tuyas, teniente. Admito que estoy un poco nervioso, pero de eso a apretar el gatillo, media un abismo. Después de todo, el caso ya quedó resuelto. Ray Antlers mató a Oley y luego se disparó un tiro. Las aguas han vuelto a su cauce.

Mi tono de voz era el del charlatán cansado de pregonar las excelencias de su regenerador del cabello. Deseé que Stewart no lo hubiese advertido.

Saqué un cigarrillo y lo encendí.

El silencio se prolongó mucho tiempo.

—Así que estás conforme con la carta de Ray, ¿eh, Don?

—Claro que sí.

—No me pareció que ese era tu pensamiento cuando hablamos por teléfono.

—Es lo que tú dices, Stewart. Para mí resultó decepcionante que yo no pudiese hacer una sola baza —le sonreí—. Pero luego he llegado a la conclusión de que lo importante está conseguido. Oley puede descansar tranquilo en su tumba.

Stewart me estaba mirando muy fijamente y no aparté los ojos.

Al cabo de unos instantes dije, haciendo chasquear los dedos:

—Se me ocurre una idea. Stewart. Cenaré con vosotros esta noche.

—Justamente de aquí me iba a casa —repuso—. Sí, creo que es una buena idea. Los chicos estarán durmiendo, pero Mary se pondrá muy contenta de verte.

—Andando, muchacho.

Me puse en pie al mismo tiempo que él y salimos juntos de la oficina.

Llegados a la calle, dije, deteniéndome de pronto:

—Infiernos, no lo he tenido en cuenta.

—¿El qué, Don?

—Quedé en ir al cine con mi rubia.

Naturalmente, lo había sacado de mi oficina porque allí hubiese sido difícil desembarazarse de él, a pesar de la excusa.

Antes que pudiese replicar, agregué:

—Perdona, chico, pero dile a Mary que iré mañana sin falta.

Le pegué una palmada en el brazo y corrí hacia mi coche.

Cuando mi «Ford» arrancaba, vi a Decker quieto en la acera, siguiéndome con la mirada.

Di un suspiro de alivio, cuando me encontré a un cuarto de milla del edificio en que se ubicaba mi despacho.

Llegué a la calle 62 esquina con la 68 cuando aún faltaban unos minutos para la hora fijada por el mastodonte.

Encendí un cigarrillo y me puse a esperar.

Un tipo se, detuvo delante de mí. Sus ojos miraban vidriosamente.

—Usted es O'Connell.

—No, amigo. No lo soy —contesté.

El fulano frunció el ceño. Vi a las claras que había bebido con exceso.

—Usted es O'Connell —repitió—. Tiene que serlo.

—Siento defraudarle, pero no soy el tipo que usted cree.

Se enjugó la boca y soltó un salivazo. Luego me miró otra vez.

—¿Está seguro de que usted no es O'Connell?

—Le propongo una cosa. Cuando llegué a casa me miraré en el espejo para asegurarme de que no soy O'Connell. ¿Le parece bien?

Hizo una mueca, y finalmente sacudió la cabeza dando la conformidad.

—Muy bien —dijo—. Eso me parece justo. Pero si es O'Connell,

recuerde una cosa. Me debe cinco pavos.

—Lo tendré en cuenta.

Soltó un eructo y se marchó, siguiendo una línea ondulante.

Continué fumando mi cigarrillo.

Un coche se detuvo detrás del mío. Era de un color negro muy brillante. Una de las portezuelas, la trasera, escupió a un tipo muy bajito que andaba a saltos. Miró arriba y abajo y luego se vino directo hacia mí.

Le observé la cara mientras se acercaba. Poseía unos ojos saltones y el color de su piel era muy pálido.

—¿Don Crane?

—Sí.

Se frotó las manos sonriente, como si fuese a cobrar algo, y yo juré que le daría satisfacción en cuanto pudiese.

—La caja —dijo—. Quiero ver la caja.

Miré hacia el coche. Al volante había un hombre, pero desde aquella distancia no podía observar bien su cara.

—¿No me ha oído? —dijo «Ojos Saltones»—. Quiero ver la caja.

Giré un poco hacia la derecha y le mostré unas pulgadas de caja que descansaba en el bolsillo de mi sobretodo.

—Quiero echar un vistazo al contenido —dijo.

—No, «Canijo». Ese no fue el trato. El grandullón solo habló de mostrarla.

Le produjo mucho dolor mi respuesta, a juzgar por su gesto.

—Está bien —admitió—. Venga conmigo, Crane.

—¿A dónde?

—A nuestro coche.

—Me refería al lugar al que hemos de ir.

—Se le adelantó que no lo sabría.

«Bien, Don. Este es el momento. Todavía puedes retroceder. Con un simple movimiento podrás sacar la pistola del bolsillo y echar a correr. Naturalmente, los del coche te seguirán y hasta es posible que te envíen unos cuantos pildorazos, pero tú también posees una buena puntería. Si vas con ellos, es seguro que te conducirán al matadero. No habrá ninguna puerta de escape. Recuerda lo que te dijo Stewart. No juegues más al *Príncipe Valiente*».

—De acuerdo, «Canijo» —dije—. Vamos allá.

Nos acercamos al coche y él abrió la portezuela de atrás. En aquel asiento no había nadie.

Observé el cogote del tipo que conducía. Era un hermoso cogote provisto de un par de rollos de grasa.

—¿Qué está esperando? —dijo «Ojos Saltones» por detrás de mí.

Pasé al interior y él lo hizo a continuación.

Una vez nos hubimos sentado, el coche arrancó.

Mi compañero se puso a reír, pero no dijo nada. Yo tampoco tenía comentario alguno que hacer.

Salimos de Manhattan por el puente Queensboro y fuimos hacia Woodside. Todo aquello me era conocido, pero luego doblamos hacia el sur como si fuésemos al Juinper Valley Park.

«Ojos Saltones» rio otra vez.

—¿Qué le pasa, «Canijo»? —le pregunté.

—Me cuento chistes, ¿sabe? Y acabo de escuchar uno que no sabía.

El tipo tenía la tapa floja.

Miré por la ventanilla y me di cuenta de que había perdido el sentido de la orientación. En aquel momento ignoraba totalmente dónde pudiese encontrarme, aquella zona no estaba muy bien iluminada. Se veían árboles a ambos lados de la avenida, puertas de hierro, altos muros por cuya parte superior asomaba el follaje.

Cuando ya hacía una media hora que habíamos emprendido el viaje, el coche se detuvo bruscamente. Abrióse la portezuela de mi lado. Moví muy aprisa la mano en busca de la pistola, pero me quedé quieto al ver el arma que me apuntaba. Un revólver cuyo cañón había aserrado. Por encima vi la cara sonriente de una persona a quién ya conocía. Era McDonald, el rubio con quién me divertí tanto en la estación.

—Échate sobre Dugan —ordenó—. Voy a entrar.

Dugan era «Ojos Saltones».

Obedecí. Entonces McDonald penetró en el coche sin dejar de apuntarme con su revólver. Sentóse y dio un suspiro.

—Bueno, volvemos a encontrarnos.

—Es una suerte —repuse.

Me pegó con el arma en la rótula y yo hice rechinar los dientes porque el dolor me barrenó hasta el cerebro. El golpe había sido premeditado, porque McDonald metió la mano en el bolsillo de mi chaqueta y me sacó la pistola. Lanzó una risotada mientras sopesaba la «Smith y Wesson».

—Miren lo que se ha traído.

«Ojos Saltones» se abalanzó sobre mí y metió la mano en el bolsillo del sobretodo donde yo tenía la caja.

McDonald le golpeó en la boca con la pistola.

Yo quise aprovechar el momento para atrapar al rubio, pero él comprendió cuál era mi idea y saltó hacia atrás, apuntándome de nuevo al centro del pecho.

—Quieto, Crane, o precipitarás tu última hora.

Dugan, «Ojos Saltones», lanzaba chillidos de dolor escupiendo sangre por la boca. McDonald le había roto el labio.

—¡Me has hecho daño, Mac!

—Claro que te lo he hecho —repuso el rubio—. Y debería hacerte pedazos.

—Solo quería verla.

—¡Maldito embustero! Sé que te pirras por la «nieve». Se te hace la boca agua pensando en que todo eso pudiera ser tuyo, ¿verdad, Dugan?

—Vete al infierno.

Se abrió la portezuela delantera y un hombre entró, sentándose junto al conductor.

Lo reconocí antes de que volviera la cabeza. Era Jim, el compañero de McDonald.

Me miró torciendo la boca.

—Hola, chico —dijo—. ¿Cómo te va?

Le contesté con una obscenidad y él me soltó un trallazo con la zurda. Naturalmente, lo había provocado. Me eché sobre McDonald y le golpeé con el filo de la mano. Yo quería hacerme dueño de la situación para obligarles a que me condujesen hasta el jefe. Tenía el presentimiento de que ahora nos encontrábamos muy cerca de él.

McDonald abrió la diestra dejando caer el revólver de cañón aserrado.

Me incliné rápidamente para apoderarme del arma. La atrapé con los dedos y casi estuve a punto de soltar un grito de victoria. Empecé a incorporarme, y en eso algo duro percutió contra mi cabeza. Fue un golpe seco, brutal. Tuve la impresión de que me sacaban esquirlas del cráneo. Mis miembros se paralizaron.

Otra vez me volvieron a golpear.

Todo se tornó oscuro y una nube de algodón salió a mi encuentro. Era una nube fría, gélida, que me envolvió como un sudario.

Perdí la noción del tiempo.

CAPÍTULO VIII

Me estaba ahogando.

Tenía que salir a la superficie antes de que mis pulmones estallasen.

Dependía de mí. Solo de mí.

Traté de nadar hacia arriba, pero parecía como si mis brazos estuviesen atados a mis costados.

Traté de respirar. Y otro chorro de agua se coló por mi garganta.

Los oídos me zumbaban.

No podría resistirlo mucho tiempo más.

Traté de llevar un poco de oxígeno a mis pulmones. Eso fue confortador.

Abrí los ojos y en eso me enviaron un nuevo chorro de agua.

Me moví del sitio y de nuevo pude respirar tranquilo. No, no había sido arrojado al Hudson ni al Atlántico, ni siquiera a un estanque.

Estaba en una habitación tendido en el suelo. Vi a McDonald, el cual mostraba un jarro vacío en la mano. Él era quien me había vertido el contenido del recipiente poco a poco. Y yo había tenido la sensación de que me estaba ahogando en un lugar con mucha agua.

—¿Te encuentras bien, bastardo? —dijo.

Me incorporé, quedando sentado en el suelo, y moví la cabeza de un lado a otro. Sentí más dolor. Me pasé la mano por detrás y no pude evitar un ladrido. Jim, me había señalado bien. Tenía dos enormes chichones un poco más arriba de la nuca.

Mire en derredor.

McDonald no estaba a solas conmigo. Allí había más gente. También estaba Jim, pero mi atención se fijó en la tercera persona, y no fue un capricho mío, sino porque ella lo merecía.

Era una morena de unos veinticinco años de edad muy esbelta, muy bonita. La naturaleza la había dotado generosamente. Todo en ella, desde la cabeza hasta la punta de los pies, era de una clase extraordinaria.

Sus grandes ojos me estaban mirando desprovistos de humanidad.

—¿Dónde está la caja, Crane? —me preguntó.

Me puse en pie, tambaleándome. McDonald y Jim avanzaron sobre mí para ayudarme a caer otra vez, pero se detuvieron a un gesto de la hermosa.

La pausa sirvió para que me recuperase un poco.

Mis ojos se detuvieron otra vez en la hembra.

Me siguió gustando —tanto como antes o quizá un poco más. Era perfectamente maravillosa. Sus labios eran muy rojos y estaban húmedos y

el color de su piel era blanco y resaltaba más porque ella se cubría con un vestido negro de noche de escote cuadrado, hermosamente cuadrado.

—¿Vas a contestar a mis preguntas, Crane?

—Ya estoy dispuesto, dulzura.

Casi inició una sonrisa.

—Espero que seas más comprensivo que en tu oficina.

—Es lo que digo yo. Ordena a estos dos tipos que se marchen y apuesto a que tú y yo nos entendemos pronto.

Ella hizo un gesto negativo.

—No se pueden marchar. Están aquí para protegerme.

Se abrió una puerta y entró un hombre. No lo había visto nunca antes de ahora. Era alto, de cabello castaño.

—Bueno —dijo—. ¿Dónde la tiene?

—Todavía no ha dicho nada, Max —dijo la morena—. Acaba de recobrar el conocimiento.

Max me observó. Era un tipo de unos treinta y cinco años y vestía un traje de mezclilla.

—No se quiera hacer el hombre duro, Crane.

—No soy un hombre duro.

—Somos amables con quienes lo son con nosotros. Eso se llama justa reciprocidad.

—Me parece estupendo.

—Usted se ha pasado de listo, Crane. Aunque no crea que nos ha pillado de sorpresa. La caja que usted llevaba en el bolsillo del sobretodo solo contenía sal.

—¿No le gustó su calidad? Es de la mejor.

—Déjese de bromas si no quiere pasarlo mal. Queremos la auténtica caja que usted sacó de la estación. La que contiene la «nieve».

—¿Por qué no hacemos las cosas por partes? —sugerí.

—Usted no ha venido aquí a imponer sus órdenes, Crane. Cuanto más pronto se dé cuenta de ello, será mucho mejor. Obedezca y todo saldrá a pedir de boca para usted. Solo nos ha de decir dónde tiene la caja con la mercancía.

—El trato no fue ese.

—¿Qué quiere decir?

—Me prometieron que yo vería al jefe.

—Yo soy el jefe.

Lo medí de pies a cabeza.

—No, Max. Usted no es el mandamás.

—¿Qué le hace suponer que no lo soy?

—En otras ocasiones me las he tenido que ventilar con gentuza de su calaña y sé a la perfección el puesto que a cada tipo le corresponde. Usted solo es un lugarteniente, Max.

—Lo sea o no, se va a entender conmigo.

—Ahí es donde se equivoca.

—¿Se da cuenta de que está en nuestras manos?

—Yo, sí. Pero la «nieve», no.

—También tendremos la cocaína.

—No sabrán el escondite por mis labios.

Hubo un silencio y luego Max sonrió.

—Tenemos unos cuantos medios para hacer hablar a las personas.

—¿Se refiere al soplete?

—Es uno de ellos.

Sentí deseos de saltar sobre él.

—¿Quién mató a Oley, Max?

—Es un tema muy poco agradable.

—Fue menos agradable para él.

Max se volvió hacia la morena, a la cual le pasó brazo por la cintura.

—Será mejor que salgas, Roselle. No creo que te gusten los espectáculos sangrientos.

—No, no me agradan —respondió la hermosa Roselle.

—Te veré luego, querida —dijo Max, besándola en la comisura de la boca.

La morena echó a andar hacia la puerta y yo presté especial atención a su contoneo. Quizá ella fuese la última mujer que me fuese posible contemplar antes de ir a reunirme con Oley.

Ya con la puerta abierta, volvió la cabeza. En aquella posición, era un ángel de hermosura.

—No sea tonto, Crane.

—No soy tonto, nena, y puedo demostrártelo.

Le divirtió mi respuesta porque en sus ojos hubo un brillo de regocijo. Miré de soslayo a Max y lo vi rabioso.

Roselle salió definitivamente de la estancia, cerrando a sus espaldas.

Quedamos los hombres.

Max puso los brazos en jarras.

—Muy bien, Crane. ¿Dónde está la caja?

—Se lo diré al jefe. Solo a él.

—Me lo dirás a mí.

—No hay nada que hacer.

Soltó una risita, y metiendo la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó un revólver. Era también un «Smith y Wesson». Quizá fuese el mío.

—Bien, chicos —dijo—. Enseñadle cómo lo hacéis. Y no os preocupéis por lo demás. Si trata de escaparse, le balearé las piernas.

Ese era el panorama. Max les ordenaba que me pegasen una paliza y él se quedaba para guardar la salida. Me ganaría un tiro o es posible que hasta fuesen dos si intentaba la libertad.

Jim y McDonald cerraron los puños, y uno por cada lado, echaron a andar hacia mí.

Retrocedí levantando también los puños, poniéndome en guardia.

Jim y McDonald se detuvieron. Uno de los dos tenía que empezar. Cada uno cedía la prioridad al otro.

Yo también dejé de retroceder y la razón más importante de ello era que me encontré muy cerca de la pared.

El rubio amagó con la izquierda y me lanzó a la cara el puño derecho. Salté a un lado y cuando mi enemigo se venía hacia delante llevado por su propio impulso, lo cacé junto a la oreja.

McDonald lanzó un grito y se desplomó en la alfombra.

Concedí demasiada importancia a mi golpe de suerte. Me quedé mirando a la víctima y ese fue el momento que aprovechó Jim para martillear mi hígado.

Empecé a hacer extraños gestos porque otra vez me estaba ahogando.

Jim me soltó un trallazo. Doblé la cabeza y de esa forma los nudillos me rozaron la piel, haciéndome el efecto de que me pasaban por la cara un trozo de papel de lija.

McDonald, ya repuesto, se incorporó a la lucha y el maldito lo hizo atacándome por la espalda. Me pegó con el filo de la mano en el cuello.

Giré muy rápidamente y logré atraparlo por la muñeca. Tiré de él al tiempo que me agachaba y lo convertí en un proyectil que cruzó la estancia como una exhalación estrellándose contra el muro.

Cada cual tenía asignado su papel. Yo le pegaba a McDonald, Jim me pegaba a mí y a Jim no le pegaba nadie.

Ahora el tipo me envió otro saludo, esta vez en el estómago. Me doblé en dos y el propio Jim me ayudó a caer utilizando el golpe del conejo.

Besé la alfombra y luego me puse de rodillas para adorarla. Fue una mala posición. Jim me soltó un patadón al pecho, pero no lo hizo bien. Se quedó con la pierna estirada y yo le cogí por el tobillo, y al tiempo que yo caía hacia atrás, tiré de él bruscamente.

Lanzó un denuesto, mientras se derrumbaba en el suelo.

Por unos instantes quedamos a gatas mirándonos, como dos fieras antes de soltarse el zarpazo definitivo.

Yo me adelanté al suyo. Acompañé el movimiento del brazo con todo el peso de mi cuerpo. Estrellé el puño entre sus dos ojos y rodó como una pelota.

Me tome un descanso.

McDonald vino corriendo hacia mí y yo vi su intención de pegarme un puntapié. Me eché sobre las espaldas para burlarlo, pero él también tuvo en cuenta eso y logró clavarme la puntera en un riñón.

Solté un grito y empecé a levantarme como si tirasen de mí desde el techo.

Observé la cara de McDonald muy cerca de la mía. Sus ojos saltaban de las órbitas llenos de alegría. Estaba convencido de su superioridad. Deseé haber estado entero para convertirlo en pulpa.

Disparó un golpe en corto con la izquierda y luego fue su derecha la que entró en acción. La recibí en las narices. Sentí un horrible dolor por toda la cara, pero luego le largué mi respuesta, un zurdazo que debió desencajarle el maxilar inferior.

Jim ya estaba en condiciones de reanudar el combate.

Así estaban las cosas. Enviaba a uno de ellos contra el suelo, pero siempre había otro dispuesto a pulverizarme.

No podía mantener aquel ritmo por mucho tiempo. Para ser exacto, estaba al borde del agotamiento. Era efecto de aquellos dos culetazos que me habían propinado en el coche.

Ahora atacaron los dos a una. Traté de defenderme y devolví golpe por golpe, pero eso fue al principio. Luego me sacaron una ventaja de dos a uno.

Finalmente, Jim me arrojó al suelo con un limpio gancho.

Golpeé la cabeza contra la pared y los objetos empezaron a desdibujarse.

Bien, era el final. Podían hacer de mí lo que quisiesen, pero ellos no tendrían la cocaína. No la tendrían, aunque me hiciesen trozos. De eso estaba yo seguro.

Oí una risita. Era Max, el maldito Max.

—Vamos, muchachos, ahora ya no puede defenderse. Es un saco. Quiero oír el crujido de sus huesos.

Era un tipo bien intencionado.

Jim y McDonald dispusiéronse a seguir sus instrucciones.

Los vi acercarse. Ahora eran cuatro. Había dos Jim y dos McDonald.

—Hay una llamada para ti, Max.

De pronto, la puerta se abrió. Oí la voz de Roselle.

—Está bien —dijo Max—. Ahora voy. Se suspende el espectáculo, muchachos, pero solo será por unos minutos.

Pude ver claramente que Max se dirigía hacia puerta donde estaba Roselle.

—Tú te haces cargo de la pistola —dijo Max.

La morena aceptó el arma y Max salió fuera.

CAPÍTULO IX

Eché una mirada a Jim y a McDonald. Infiernos, yo no me había quedado corto. McDonald tenía un ojo cerrado, una oreja arrepollada y un gran corte en el pómulo de donde le manaba la sangre. La boca de Jim estaba enormemente hinchada.

Roselle dio unos pasos hacia el centro de la estancia.

Yo seguía en el suelo y poco a poco me sentía mejor.

McDonald dijo:

—¿Por qué hemos de esperar, Jim? Acabemos de una vez con este hijo de perra...

Jim sacudió la cabeza.

—Sí, muchacho. Eso es lo que nos conviene.

Echaron otra vez a andar hacia mí, los puños apretados, los ojos brillantes de odio.

Me incorporé rápidamente preparándome para la segunda edición de la lucha.

Yo no iba a durar mucho, pero pensé en lo atractivo que sería hacer morder el polvo a uno de ellos.

Roselle dijo:

—Será mejor que os estéis quietos.

McDonald volvió la cabeza hacia la joven.

—¿Qué te pasa a ti, nena?

—Max dijo que suspendía el espectáculo.

—Eres demasiado cumplidora.

—No tengo necesidad de hablar contigo. Os atenéis a lo que yo os diga y se acabó.

Jim meneó la cabeza.

—No me gusta eso, Roselle. Es como si te pusieses de su parte.

—Siempre estás diciendo tonterías.

—Anda, McDonald. No le hagas caso y terminemos la faena. Crane está deseando irse a dormir.

—¡Qué buenos chicos sois! —comenté.

Se dispusieron al ataque otra vez, pero entonces apareció Max, vio la actitud de los gorilas y dijo:

—¿Qué infiernos pasa? Os advertí que os estuvieseis quietos.

A él le obedecieron. Cambiaron una mirada entre sí y luego se pusieron a andar hacia atrás.

Max me dedicó una sonrisa.

—Apuesto a que ha cambiado de opinión.

—¿Respecto a usted, Max? Sí, creo que sí. Es un sádico y un condenado cobarde. Como todos los sádicos, se recrea en sus víctimas cuando ellas no pueden hacer nada por defenderse.

Se puso muy serio.

—No quiero tenerle eso en cuenta, Crane.

—Gracias, «perdonavidas».

—Lo importante para nosotros es la mercancía.

—Eso es lo que le dijo el jefe, ¿eh?

—¿Qué jefe?

—Usted acaba de hablar con él.

Por la forma en que me miró, me dije que había dado en el blanco.

Roselle se había empezado a mover hacia mí. Ella continuaba con la pistola en la mano y era la única arma visible que había en la habitación.

Max sonrió otra vez, enseñándome su dentadura blanca, muy limpia.

—Está bien, Crane. He hablado con el jefe y él me ha dado muy buenas noticias para usted.

—¿Ha decidido ahorcarse esta noche?

—Si usted nos da «la nieve», podrá salir de aquí por su propio pie.

—¡Vaya!

—Es una oferta razonable.

—Creo que lo tendré que pensar.

—No diga tonterías. Usted no tiene que pensar nada. Decídase de una vez.

Roselle continuaba acercándose al lugar donde yo me encontraba.

—¿Qué hay de los diez mil machacantes? —dije.

—Ni hablar de eso.

—Eso sí que es bueno. Me ofrecieron los billetes en mi propio despacho.

—Entonces las cosas estaban de otra forma. Ahora le regalamos algo con más valor para usted que los diez mil dólares: su propia vida.

Salté sobre Roselle. Mi cuerpo chocó contra el suyo y la pistola se le fue de la mano cayendo a la alfombra.

Vi por el rabillo del ojo que Jim estaba sacando el arma, y ahora aposté a que no se iba a entretener en pedir instrucciones a Max para apretar o no el gatillo. Dispararía sobre mí sin titubear.

Me arrojé al suelo en busca del arma perdida, y después de atraparla, cambié de postura dando una vuelta sobre mí mismo.

Eso me salvó la vida, porque en aquel instante, Jim hizo fuego.

La bala mordió la alfombra.

Yo ya estaba vuelto hacia el asesino a sueldo. Le hice un disparo y vi como un plomo se clavaba en su pecho.

McDonald también tenía el arma en la mano y sus dientes chirriaron mientras echaba el torso hacia delante listo para vaciar el cargador en mi

cuerpo. Yo disparé otra vez.

El segundo proyectil golpeó contra la cabeza de McDonald, la cual pareció desprenderse del cuerpo porque se fue hacia atrás, muy lejos del cuello.

Oí un ruido de carreras y al volverme vi que la puerta se cerraba. Max había emprendido la huida.

—¡Espera, muchacho! —le dije.

Eché a correr tras él, pero me detuve pensando en que no podía arriesgarme a salir por aquella puerta porque no sabía cuántos podían haber fuera. Y allá dentro, de momento, era yo el amo.

Me volví hacia Roselle.

Ella me estaba mirando con los labios entreabiertos.

Me detuve muy cerca.

—¿Por qué has hecho eso, nena?

—¿El qué?

—Te acercaste a mí para que yo te pudiese quitar la pistola.

—Está bien. Lo hice.

—Y yo te he preguntado por qué.

—Creo que este no es el mejor momento para dar explicaciones. Hay otros cuatro hombres en la casa y todos ellos están armados.

—¿Qué se te ocurre, Roselle?

—Solo existe una solución, y es que nos marchemos de aquí cuanto antes.

—¿Por esa puerta? —señalé la que había utilizado Max para escapar.

—Conozco otra salida. Ven conmigo.

Se movió hacia el fondo de la sala. Antes de seguir tras ella, dirigí una mirada de despedida a mis viejos amigos Jim y McDonald.

La habitación adyacente estaba a oscuras. Cerré a mis espaldas y al dar dos pasos tropecé con el cuerpo de Roselle. Ella se apartó de mí, pero yo deseé tropezar otra vez.

De pronto, sentí el contacto de su mano. Fue lo más emocionante que me había ocurrido en aquella casa.

—Ahora debemos tener cuidado —dijo—. Ellos también se habrán imaginado que vamos a utilizar este camino.

Circuló fácilmente como una persona acostumbrada a los objetos que hubiese en la habitación.

Abrió otra puerta que daba a un corredor. Tiramos a la izquierda y llegamos a una cocina espaciosa. Allí no había nadie.

Abrió una nevera y sacó una botella de *whisky*.

—Es muy bueno —explicó—. Y me lo regalaron a mí. No tengo por qué dejarlo.

Era una chica con sentido de la economía.

—¿Dónde crees que pueden estar esperándonos? —le pregunté.

—Ahí fuera —señaló una puerta cuya parte superior estaba defendida por tela metálica.

—Óyeme, Roselle —dije—. Vamos a terminar la aventura juntos. Pero por si empiezan a silbar las balas, me gustaría ampliar mis conocimientos acerca de la pandilla —hice una pausa—. Me interesa conocer, en primer lugar, el nombre del jefe.

—No sé quién es.

—¿Quién está en el secreto?

—El único que lo conoce es Max.

—Vaya con Max. Creo que le voy a dedicar un poco de tiempo.

—¿Aún piensas en eso? ¡Santo cielo! Si es él quien te tiene cazado.

Le dirigí una sonrisa.

—Eso está por ver, pequeña.

Me acerqué a la puerta que comunicaba con el exterior y la abrí silenciosamente.

Nada pasó.

Frente a mí vi una arboleda y un trozo de jardín Todo estaba bien iluminado. Sin volver la cabeza, dije:

—Tengo un «Jaguar» detrás de la casa.

—Es un coche estupendo para dejar atrás al sastre y al casero.

—Me gustas por tu buen humor.

—Tú a mí me gustas por otras cosas.

Roselle soltó una risita.

—¿Qué te parece si pedimos una tregua y me haces el amor?

—Sería maravilloso, dulzura, pero me temo que ellos no estén conformes.

—¡Qué lástima!

—Ya habrá tiempo para todo.

Llevaba allí un rato clavado observando los arbustos y no veía a nadie. Estaban en alguna parte, pero no se dejaban ver. Eran unos tipos la mar de listos.

—Bueno, pequeña —murmuré—. Ha llegado el gran momento.

Dio un suspiro, resignada.

—Primero las mujeres, capitán —dijo.

—No, Roselle. Ellos no te van a respetar porque hayas sido su compañera. Tú vendrás conmigo, pero lo harás detrás de mí. Solo me tienes que decir el camino para llegar hasta el «Jaguar».

—Si seguimos hacia la derecha solo tendremos que recorrer unas treinta yardas para llegar a una puerta trasera que hay en el muro. El coche está a unas diez yardas de esa puerta.

Delante de mí había una escalera de seis peldaños arrimada a la pared. Empecé a bajar sintiendo que Roselle venía detrás de mí.

Un peldaño, dos, tres…

Me detuve para observar el frente. Nada. Todo en paz.

Cuatro, cinco, seis... Ya estábamos abajo.

Hubo un pequeño ruido de la parte más tupida del follaje y un abejorro se puso a ronronear y me acarició la cara con su ala y luego se clavó en la piedra. Los malditos tiraban con silenciador.

Pero yo soy de los que necesitan armar mucho ruido. Apreté el gatillo dos veces, dirigiendo mis postas hacia el lugar de donde había venido el animalucho.

Sonó un grito y un cuerpo se derrumbó desde lo alto de un árbol. Creo que era un peral. En los diez próximos años no daría mejor fruto.

—¡A correr! —dije, tomando la deseada mano de Roselle.

Imprimimos a nuestras piernas una velocidad olímpica.

La respiración de la morena era cada vez más agitada.

Vi la puerta y mi corazón saltó jubilosamente dentro del pecho.

—¡Ahí está la libertad, nena!

De pronto, dio un tirón. Yo me volví creyendo que la habían alcanzado.

Solté una sarta de improperios al ver que se agachaba para coger un zapato.

Pero más allá, las cosas estaban feas. Tres tipos galopaban con las armas en la mano. Se dieron cuenta de que nos habíamos detenido cuando era demasiado tarde para ellos.

Les envié una andanada de plomo.

Uno de los fulanos pegó un salto en el aire y se abatió.

Los otros dos se separaron, yendo a buscar refugio.

Pensé cazar a uno de ellos, al más gordo, pero en eso Roselle se levantó con su zapato y maldije porque justamente con su movimiento evitó que yo defuncionase a mi hombre.

Roselle vino hacia mí mostrándome el zapato.

—Es de piel de cocodrilo, ¿sabes?

Me callé lo que quería decirle. Hubiera sonado demasiado feo en sus oídos.

—¡Vamos, mujer sin sangre! —le dije.

Di un tirón de ella y los dos fuimos rodando por el suelo. Eso fue algo bueno, porque las armas de los fulanos nos habían tomado como blanco. Los proyectiles silbaron por el aire gritando nuestros nombres.

Mi cara quedó muy junto a la de Roselle. Estaba preciosa con su naricilla llena de barro.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó con su genial candidez.

Giré la cabeza hacia la puerta. Como era de suponer, estaba echada la llave.

En mi pistola solamente quedaba una bala.

Volví a mirar a los grandes ojos de mi protectora.

—Escucha, nena. Me acercaré a la puerta y la descerrajaré de un

balazo. Luego yo echaré a correr por el muro imitando a la liebre de los canódromos. Ellos dispararán contra mí y ese será el momento para que tú salgas por el hueco.

—¿Y tú?

—Retrocederé en cuanto pueda. Ten el motor caliente.

No esperé su respuesta. En aquel instante había un poco de calma en la línea de fuego. Llegué ante la puerta, le metí la bala en la cerradura y me aparté como una flecha.

Las balas chocaron contra la puerta ayudándole a abrirse.

Eché a correr siguiendo el muro, agachado, y los proyectiles me siguieron.

Roselle se portó como una buena chica. Oí como la puerta golpeaba y eso quería decir que ya había conseguido salir.

De pronto, mi pie tropezó contra una raíz y me vine abajo. Solté las maldiciones que tengo reservadas para estos casos. ¡Infiernos! Por unos momentos tuve la seguridad de que me había quebrado el tobillo.

De pronto oí una voz.

—¡Eh, Roselle se ha marchado!

—No te preocupes por ella ahora. Sabemos dónde encontrarla. Es él quien nos interesa. ¡Vamos! Una de mis balas lo ha herido.

Pero él se equivocaba. No estaba herido por ninguna de sus balas. Miré mi pistola descargada. Lástima que no tuviese un par de plomos.

Encogí las piernas y me puse de cuclillas.

Oí los pasos que se acercaban.

Salí de mi escondite cuando los tenía encima. Embestí al primero con la cabeza y el tipo lanzó una exclamación mientras chocaba contra su compañero.

Los dos cayeron.

No intenté quitarles las pistolas. Eso hubiese sido una locura por mi parte, ya que me hubiesen podido soltar un pildorazo a boca de jarro.

Otra vez eché a correr como un gamo hacia la puerta. Estaba solo a unas diez yardas, pero aquella distancia me pareció una milla. Los imaginé levantándose, apuntándome con delectación… Ahora sí que no habría salvación para mí.

Crucé por el hueco conteniendo el resuello y, cuando ya estaba fuera, sonó el primer estampido.

Luego escuché el zumbido de un motor. El «Jaguar» vino hacia mí como una exhalación y aminoró la marcha. No lo pensé. Salté en el aire y caí en el asiento trasero.

Luego Roselle apretó el acelerador y el coche salió disparado como un cohete.

No, no hubo más disparos.

Dos minutos más tarde corríamos por la carretera y nadie venía detrás

de nosotros.

Habíamos escapado de una buena.

CAPÍTULO X

Nos encontrábamos sentados a una mesa en un bar de Maspeht. Comimos sendos filetes de carne, muy jugosos, con abundante guarnición, tarta helada especialidad de la casa y café.

Encendimos los cigarrillos y nos miramos a los ojos.

—¿Y bien? —dije sonriente.

—Eres un sol de hombre, Don.

—Y tú una maravilla de la ingeniería.

—Oh, Don, qué bonito es eso.

—Y ahora que hemos quedado en que somos dos seres excepcionales, hablemos de ese vínculo que ha nacido entre nosotros.

—Tengo sueño, Don. Ahora, no.

Le di dos palmaditas en la mano que tenía sobre la mesa.

—Yo tengo prisa, dulzura y este no es el momento para pensar en bostezar. Tengo mucho trabajo por delante.

Sus cejitas se enarcaron.

—Has escapado milagrosamente, Don. ¿Quieres de verdad volver a aquella casa?

—No, nena. Aquella casa ha perdido todo interés pare, mí. Allá hay demasiados muertos y yo prefiero a los vivos.

Dio una chupada al cigarrillo y soltó dos chorritos de humo por la nariz.

—Ya te entiendo. Sigues pensando en el jefe de la pandilla.

—Sí, Roselle. Ese es mi tipo.

—Ya te he dicho que no lo conozco.

—Estoy recordando una cosa, cariño. Tú pasaste la llamada del jefe a Max.

—No, yo, no. Fue un criado quien me avisó a mí.

—¿Y no dio el criado el nombre de la persona que preguntaba por el señor?

—No, no lo dijo. Solo que un caballero deseaba hablar con Max.

Yo no podía tener confianza en Roselle. Me había ayudado a salir del atolladero, pero ¿por qué lo había hecho? Decidí preguntárselo.

—Estoy esperando tu explicación de por qué te pasaste a mi bando, pequeña.

—Me subyugaste con tu personalidad.

Le sonreí. Era adorable.

—Oye, criatura. ¿Con qué clase de idiota te crees que estás hablando?

—¿Cómo?

—Tengo un espejo en casa y todos los días me veo la cara en él. En Hollywood solo podría representar papeles de boxeador retirado.

—No soy de las que les gustan los hombres guapos.

—Claro. Tú los prefieres feos, pero con mucha personalidad, y a ser posible con una pistola en la mano.

—Me gustas tú, Don. Eres alto y fuerte y sabes imponerte a todos los demás. Te basta decir dos palabras para tener prendida la atención de todo un auditorio.

Me puse a aplaudir.

—¡Bravo, señorita Roselle! Le ha salido redondo.

—¿Te burlas de mí?

—Solo un poco.

Sus ojos brillaron coléricamente, pero luego esa llamita se apagó y sus húmedos labios volvieron a sonreír.

—Eres un bromista, Don.

—Preferiría que tú y yo aclarásemos las cosas, nena.

—Sigo sin entenderte.

—Es muy sencillo. Tú no te pusiste de mi lado porque te hubiese atraído con ese atractivo que has descubierto en mí. Solo me concediste una cosa. Redaños. Yo me había metido en la boca del lobo sin más arma que mi físico y lo había hecho intencionadamente. Fui allí con una caja que contenía sal y tú te diste cuenta de que por mucho que esos gorilas me hiciesen yo no soltaría prenda. Tú sabías perfectamente que la cocaína que yo he escondido vale una fortuna —hice una pausa. Ella estaba muy seria —: Pensaste muy rápidamente las cosas, dulzura. Me sacarías de allí, me arrimarías el ala y yo, como un borreguito, te conduciría al lugar donde podrías hacerte con la caja y, ya con ella entre tus suaves bracitos, emprenderías el vuelo.

Guardé otro silencio. Mi disparo había hecho blanco. La bella cara de Roselle enrojecía y no era de vergüenza precisamente, sino de indignación porque yo hubiese adivinado sus planes.

—Eres un tipo deleznable.

—Más.

—Una serpiente de cascabel, un desagradecido.

—Desahógate cuanto quieras, dulzura.

Fue a seguir hablando, pero cerró la boca.

Prendí un pitillo con la punta del otro.

Roselle me cogió una mano y la apretó suavemente. Sus ojos me miraron con ternura.

—Oh, Don… ¿Es cierto que piensas de mi esas horribles cosas?

Naturalmente las pensaba, pero decidí firmar la paz.

—Oh, no, criatura. Solo quise ponerte a prueba, pero ahora sé que me he equivocado.

En sus ojos bailó el diablo.

—¿Es muy importante para ti de verdad el llegar hasta el jefe de Max?

—Sí, nena. Lo es, pero desgraciadamente tú no me puedes ayudar en nada.

—Puedo, Don.

Logré contener el entusiasmo que me producían aquellas palabras.

—¿De qué forma, dulzura? —pregunté.

—Te he dicho que no conozco al jefe, pero me imagino dónde vive. Verás. Hace una semana, Max y yo fuimos a cenar a Lewittown. Cuando me traía de regreso a mi apartamento, hizo un alto en el camino, justamente en la calle Fulton, de Hempstead. A través de la gran verja de hierro vi una casa al fondo con un jardín. Estaba muy iluminada. Era una casa preciosa con grandes columnas. Max me dijo que tenía que saludar a un amigo y que enseguida regresaría a mi lado. Yo estaba un poco achispada y le propuse que me llevase con él, pero Max dijo que no podía.

—¿Cuánto tiempo estuvo dentro?

—Cosa de media hora.

—¿Qué número de la calle Fulton?

—No lo sé, pero estoy segura de que podré conducirte allí.

—Muy bien. Vamos a ir ahora.

—¿Ahora? —hizo un mohín de sorpresa—. Oh, no puedes estar hablando en serio.

—Mira, nena, todo en esta vida tiene su momento y es ahora cuando he de cazar a esos tipejos.

—Pero Max habrá puesto al corriente al jefe de lo que pasa.

—Ya cuento con eso, pequeña. Y es precisamente por lo que me interesa seguir golpeando en caliente. Esos tipos son muy poderosos y reúnen buenas condiciones para organizar un tinglado, pero son lentos de reflejos cuando reciben un golpe —me puse en pie—: Andando.

Ella apretó los labios, contrariada, pero por último se enderezó.

Dejé unos cuantos billetes para pagar la cena y saqué a Roselle de allí.

Fuimos a la plaza de estacionamiento donde habíamos dejado el «Jaguar», pero esta vez fui yo quien ocupó el asiento ante el volante.

—Te olvidas de algo —dijo ella, antes de que pusiese el motor en marcha—. No tienes ningún arma.

Ella tenía razón.

—¿No tendrás por aquí alguna pistolita? —le pregunté.

—Aquí no, pero sí en mi apartamento, en Greenpoint.

—Eso nos pilla en el camino de Hempstead.

Quince minutos más tarde, siguiendo sus instrucciones, detuve el coche frente a un edificio de apartamentos.

Ella saltó fuera diciendo:

—Sube conmigo y abriremos la botella de *whisky*.

Di mi conformidad. Subimos arriba, al tercer piso, y ella abrió la puerta con llave.

El apartamento era de los caros. Me dejé caer en un sillón el *living* y ella fue a la cocina con la botella de *whisky*.

Estiré las piernas, y apoyando la cabeza en el respaldo, cerré los ojos. Demonios, me había sometido a un ejercicio demasiado violento durante las últimas horas.

Sentí los pasos de Roselle cuando salió de la cocina. Dio la vuelta y se puso ante mí. Entonces abrí los párpados.

Una de sus manos estaba ocupada por un vaso de *whisky* y la otra por la pistolita a la que se había referido. Esta era una «Banker's» especial, un juguete muy mono.

El cañón me apuntaba a mí.

—¿Quieres metérmela tú misma en el bolsillo, dulzura? —dije.

—Se acabó, Don.

Le sonreí.

—¿Qué estás diciendo, monada? Tú y yo hemos nacido el uno para el otro, ¿no lo recuerdas?

—Déjate ahora de estupideces —hizo una pausa para beber un trago de *whisky*. Luego lo paladeó agregando—: Quiero la coca.

—Así que no estaba equivocado respecto a ti.

—No, no lo estabas. Vi mi oportunidad al verte resistir a esos desharrapados. Estaba harta de ellos, me he tenido que conformar con los regalos que me hacía Max y él es un asqueroso tacaño. Ni siquiera me ha comprado un abrigo de visón en los tres meses que he sido su novia.

—Qué miserable… Conmigo tendrás media docena.

—No, rico. Ya no habrá hombre que me la pegue. El abrigo me lo compraré yo y va a ser con dinero ganado por mí.

—Qué trabajadora eres.

—Me vas a llevar donde tienes la «nieve».

Di un suspiro.

—Está bien, si no me queda más remedio.

—Escúchame, tipo duro. Voy a llevar la pistola dentro del bolsillo del abrigo y siempre te estaré apuntando. En cuanto intentes hacer algo, te la ganas.

—Aprecio demasiado mi vida, dulzura. Seré muy obediente.

—Ponte en pie y marcha delante de mí; ni demasiado cerca ni demasiado lejos.

—¿Ni siquiera me vas a invitar a un vaso de *whisky*?

Vaciló unos instantes, pero por último me alargó su vaso. Yo acepté y bebí su contenido sin dejar de mirarla, pero Roselle también me estaba observando a mí.

Puse el vaso vacío en la mesa ratona. Pensaba volverme rápidamente

para atraparla por la muñeca armada, pero ella leyó mi pensamiento y retrocedió dos pasos. Era condenadamente lista.

—Vamos ya, Don.

Hice un gesto afirmativo y emprendimos la marcha.

Cuando salimos al corredor, ella ya había escondido la pistola en el bolsillo, pero su mano estaba dentro y aposté a que apretaba la culata con firmeza.

Le indiqué el ascensor, pero ella prefirió la escalera.

Salimos a la noche y, ya cerca del «Jaguar», Roselle advirtió:

—Tú conducirás.

Primero entró ella para evitar que me marchase con el coche. Roselle ignoraba que yo tenía muy pocos deseos de escapar.

Puse las manos en el volante y el «Jaguar» se deslizó sobre el asfalto.

—¿Dónde tienes la caja? —preguntó.

—En el Bulevar Ditmars, a la izquierda del aeropuerto La Guardia, número 180.

—Estupendo, Don. Me alegra que seas tan comprensivo.

Emprendimos el viaje hacia el norte. Yo estaba muy serio. Recorrimos un par de millas en silencio. La aguja del velocímetro saltó de los setenta a los noventa y luego a los ciento diez.

Frené bruscamente y ella lanzó un grito, yéndose contra el parabrisas.

El coche dio una vuelta sobre las ruedas delanteras y estuvo a punto de volcar. Me alcé en el asiento para coger a Roselle y el volante se me clavó en el estómago.

Instintivamente, la muchacha sacó la mano del bolsillo del abrigo para apoyarla en el parabrisas.

La abarqué por la cintura y la atraje contra mí.

Se puso a maldecir en francés y eso fue un detalle fino por su parte. Le saqué la pistola y me la guardé en el bolsillo.

Finalmente, quedamos sentados mirándonos. Sus ojos llameaban como dos ascuas.

—¡Eres el peor bastardo que he conocido en mi vida!

—Y tú la más encantadora criatura que he encontrado en mi camino.

Acerqué la mano para acariciarle la mejilla y ella me soltó un mordisco. Tuve que retirarla muy aprisa antes de que me seccionase un par de dedos. Luego se echó sobre mí para clavarme las uñas en los ojos, pero logré atraparla por las muñecas y tiré fuertemente hacia abajo logrando sentarla de nuevo. Quedamos uno muy cerca de otro, respirando el mismo aire.

—Ya acabó, tigresa.

—Es solo el comienzo.

—¿Por qué has de tomártelo así, dulzura? ¿Es que todavía no te has dado cuenta de que, si salimos con bien de esto, te compensaré como mereces?

—¿Tú...? Apuesto a que no tienes donde caerte muerto.

—¿Qué vale el dinero comparado con el amor?

Echó mano otra vez al francés.

Encendí un cigarrillo tranquilamente esperando que pasase la ventisca. Cuando al fin soltó todo lo que llevaba dentro, sus nervios se calmaron. Cruzó los brazos poniendo una cara enfurruñada y me espetó:

—Está bien. Terminemos de una vez.

—Así me gusta, nena.

—Estás loco, Don. Si piensas ir a la calle Fulton, de Hempstead, no volverás a ver la luz del día. ¿Por qué no eres un poco más juicioso? —me miró otra vez cariñosamente—: Esa «nieve» vale mucho dinero, ¿por qué no hemos de disfrutarlo tú y yo?

—¿Es que no se te ha ocurrido pensar nunca en los demás, Roselle?

No, no lo había pensado a juzgar por la expresión que vi en su rostro, pero mi pregunta acabó con el diálogo. Puse en marcha el coche y, dando la vuelta, iniciamos el viaje a Hempstead.

Al cabo de un rato dije:

—Hemos hablado de muchas cosas, Roselle, pero todavía no te he preguntado acerca de mi amigo Oley Polter.

—No sé quién es.

—Un compañero a quién esos bastardos atormentaron con el soplete antes de despacharlo.

—Te digo la verdad. No sé nada. Eso debió ser cosa personal de Max.

—¿Has oído hablar de una pelirroja cuyo nombre es Norma Clayton?

—Tampoco. Yo solo era la novia de Max, pero él no me contaba muchas cosas del negocio.

Llegamos a Hempstead y metí el coche por el comienzo de la calle Fulton al tiempo que aminoraba la marcha.

Era una zona residencial y cuantos vivían allí deberían obtener unos ingresos anuales por encima del medio millón de dólares. Naturalmente, los habría que ganasen unos cuantos millones.

Cruzamos media calle sin que Roselle hubiese dicho nada. Un poco más allá, de pronto dijo:

—Es esa casa. La próxima.

—¿Estás segura?

—¿No ves la verja? Hay dos leones en lo alto. Lo recuerdo perfectamente.

Pasamos por frente a la puerta de hierro. Vi el jardín y al fondo la casa. El porche estaba iluminado. También observé las columnas y un par de coches al pie de la escalinata.

Seguimos por la calle adelante y luego doble por la derecha, en la primera transversal.

Aquella zona estaba bastante oscura y detuve el «Jaguar» junto al

bordillo.

Roselle me miró.

—¿Qué te propones, Don?

—Voy a entrar en esa casa.

—No puedes hacer eso.

—¿Por qué?

—Tú conoces tan bien como yo la respuesta. No saldrás nunca vivo.

—Soy un fulano de mucha suerte.

—Está bien. Con tu pan te lo comas, pero no creas que te voy a estar esperando aquí. Ahora comprendo que me comporté como una estúpida al tenderte una mano —su voz adquirió un tono sarcástico—. Me jugué la cabeza y ese es el pago que me das.

Antes de que se pudiese dar cuenta de lo que yo iba a hacer, la estreché en mis brazos.

Luego salté del coche, y Roselle dijo soltando un gallo:

—¿Qué significa eso, Don?

Di la vuelta al motor y me detuve junto a la portezuela.

Ella dijo:

—Dime dónde está la «coca». Solo quiero saberlo por si te pasa algo… Ya sabes, para entregársela a la policía.

Puse cara de conejo.

—Sí, nena. Lo sabrás… cuando regrese.

Eché a andar y a mis espaldas dejé hablando a una parisina.

CAPÍTULO XI

Me fue fácil trasponer el muro. Había un estupendo árbol por el que trepé corro un gato. Solo tuve que arrastrarme por una rama y dejarme caer al otro lado.

Mis pies se hundieron en la tierra blanda.

Permanecí un rato en cuclillas, a la escucha, pero solo oí los murmullos de la noche.

Me abrí paso por entre los arbustos y pude ver al fondo la casa. Me encontraba en la parte oriental. Al frente había una terraza oscura. Busqué con la mirada algún centinela, pero estaba bien escondido o no lo había.

Anduve silenciosamente con la mano en el bolsillo donde tenía la pistola. Luego corrí muy aprisa hasta llegar a la terraza.

Vi un par de sillas, algunas hamacas y una mesa. Me acerqué a la puerta vidriera. Dentro, también reinaba la oscuridad.

Hice girar el tirador, pero la puerta no obedeció a mi impulso. Saqué mi lima y me puse a la faena. Invertí diez minutos en franquear la entrada. Una vez dentro cerré.

Esperé otro rato hasta que acostumbré mis ojos a la oscuridad. Luego me deslicé hacia una puerta que había al fondo. Abrí esta poco a poco.

Vi un amplio vestíbulo con una gran lámpara central encendida. Había un tipo sentado en una silla leyendo una revista. Desde luego no era un criado. Parecía más bien un matón a pesar de su *smoking* y de sus zapatos bien lustrados.

No podía salir de allí sin que me viese. Esperé un rato y de pronto se me ocurrió una idea. Me acerqué a una mesa y golpeé la pata con el pie. Luego regresó rápidamente a la pared y saqué la pistola.

Transcurrieron unos segundos y luego escuché los pasos del tipo que venía hacia la sala.

La puerta empezó a abrirse poco a poco, silenciosamente. El tipo entró con una pistola en la mano. Le pegué con la zurda en la muñeca y al propio tiempo le hundí la «Banker's» en el hígado. Su arma cayó al suelo.

Fue a lanzar un grito, pero yo le dije:

—Una sola palabra y te mando al infierno.

Se quedó muy inmóvil. Cerré la puerta y me aparté de él para evitarle un mal pensamiento.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Inspector de Hacienda.

No se lo creyó.

—Si está borracho, puede darse un baño en la piscina. Luego se sentirá

mucho mejor.

—Quiero hablar con el dueño de la casa.

—Usted debe haber sido mal informado. A estas horas nunca recibe visitas.

Le pegué con la mano libre en la cara y el tipo retrocedió dos pasos. Luego le advertí:

—Cuando quiera escuchar chistes me iré a ver una de Bob Hope.

Guardó silencio.

—¿Cuál es tu nombre? —le pregunté.

—McGregor, Spencer McGregor.

—Muy bien, McGregor. Quiero que contestes a todas mis preguntas.

—¿Y si no sé contestarlas?

—Lo sentiré por ti.

—Está bien, empiece.

—¿Quién es tu patrón?

—Trabajo con High Norton, y eso se lo digo para que usted coja el portante y se largue muy aprisa.

Eché una ojeada a la estancia. Vi un artesonado que debía de valer una fortuna, unos cuadros estupendos en las paredes que habrían costado un dineral en las subastas y todo lo demás estaba a tono.

—¿Es esta la casa de High Norton?

—No, él ha venido esta noche invitado.

—¿Por quién?

—Carl Scott.

Me eché a reír.

—¿Estás hablando en serio, McGregor?

—Desde luego.

Me había hecho mucha gracia eso de oír juntos los nombres de High Norton y Carl Scott, y ustedes van a saber por qué. High Norton era uno de los más miserables pandilleros que han convertido Nueva York en la ciudad de sus sueños, un miserable ventrudo sapo especialista en extorsiones de tipo laboral. Últimamente me habían dicho que High había comprado tres clubs nocturnos y eso quería decir que los negocios le marchaban viento en popa. High y yo nos conocíamos. Ocurrió un par de años atrás cuando realicé una investigación por cuenta de un cliente en los muelles de Nueva York. Lo que yo descubrí entonces estuvo a punto de costarle a High una buena condena, pero a última hora, High debió mover bien sus resortes políticos y solo le fue impuesta una sentencia benigna. En cuanto a Carl Scott, era toda una personalidad, o al menos eso decían los periódicos y la radio cuando aireaban sus donativos a instituciones de caridad. Me iba por la memoria que era propietario de unos astilleros en Virginia, aparte de otras muchas cosas.

Y esta era la casa de Carl Scott y allá estaba High Norton, como me

acababa de anunciar el bueno de Spencer McGregor, el cual ahora me estaba sonriendo mientras decía:

—Usted debe haberse metido aquí equivocadamente, aunque se me ocurre una idea.

—¿Sí?

—Llévese aquella bandeja de plata —señaló la que había en una vitrina —. Le darán por ella un par de miles y no habrá perdido la noche.

—No está mal.

—Pero le advierto una cosa. La próxima vez entérese antes del lugar que elige para sus raterías.

Me llegó el turno de reír.

—¿Dónde es la reunión, McGregor? —pregunté.

—¿Qué reunión?

—La de High con Scott.

—No lo entiendo.

Di unos pasos hacia él, levantando la pistola.

—En la biblioteca —se apresuró a contestar—. Segunda habitación a la derecha de la entrada.

—¿Qué ha venido a hacer aquí tu patrón?

—Nada de particular.

—Suéltalo.

—A Norton le gustan las obras de arte y Scott tiene una buena colección.

—¿De qué higuera crees que caigo?

—Es la verdad.

—¿Quieres que te señale para toda tu vida, McGregor? Tu cara resulta bastante agraciada y apuesto a que tienes mucho éxito con las mujeres. Sería una pena que ellas te tomasen asco de pronto.

No dijo nada y yo avancé sobre él.

Empezó a retroceder pasándose un dedo por el cuello de la camisa. Cuando se detuvo junto a la pared, en su frente se habían formado pequeñas gotas de sudor.

—¡No hagas eso, Crane!

Le sonreí. Él se mordió el labio inferior dándose cuenta de su error.

—Bien —dije, dando un suspiro—. Así que me conoces. Y querías que me llevase una bandeja para que no perdiese la noche. Eres un tipo que se las sabe componer bien, McGregor. Y naturalmente, por eso el jefe te tiene muy cerca de él.

—Por lo que más quiera, Crane, déjenos en paz.

—He venido en busca de alguien y no me iré sin echar una parrafada con él.

—Usted está chiflado. ¿Qué es lo que va a conseguir enfrentándose con Norton? Usted está solo y él tiene los hombres por docenas. Si continúa en

esta casa, mañana solo habrá un lugar para usted; la fosa.

—Supe desde el principio lo que podía ganar o perder, McGregor. Nada me pilla de sorpresa —hice una pausa—: Y ahora que todo está claro, ¿vas a colaborar o prefieres la cicatriz?

Miró mi cara, luego el arma y finalmente otra vez mi cara.

—¿Qué quiere saber?

—No empecemos, muchacho. Lo sabes perfectamente. ¿Qué hay entre Carl Scott y High Norton?

Sacó un trozo de lengua y se la pasó por los labios, mientras echaba una mirada a la puerta.

—Son socios.

—¿En qué?

—Van a construir barcos en los astilleros de Scott.

—Eso no cuela, McGregor.

—Es cierto. Y si no lo cree, puede preguntárselo a ellos mismos.

—Quizá me anime a hacerlo, pero antes vas a echar todo el jugo.

—Le he dicho lo que sé.

—Solo te has referido a un tema. Yo te daré otro: Drogas.

—¿Qué dice?

—Drogas. Heroína. Cocaína. Morfina... ¿Conoces alguna de esas señoritas?

Tragó saliva.

—Hace tiempo que me retiré.

—Del trabajo honrado, ¿verdad, McGregor?

—Del contrabando.

—Vaya, de lo que se entera uno. De modo que, admites haber sido contrabandista de drogas.

—Sí, pero eso fue hace mucho tiempo.

—¿Cuánto es mucho tiempo para ti, McGregor? ¿Tres días? ¿Una hora? ¿O quizá has decidido retirarte a partir del momento en que te he amenazado con una pistola?

Otra vez sintió que la camisa le venía estrecha.

—Maldita sea... Ya le he dicho bastante, Crane. ¿Por qué no se va de una vez?

Se había arqueado demasiado para decir aquello. Le golpeé con el puño izquierdo en el mentón. Sus dientes entrechocaron y golpeó la pared con la cabeza.

Se puso a gimotear frotándose el mentón para cerciorarse de que lo conservaba intacto.

—No vuelvas a tocarme.

—Te voy a hacer harina si no cantas pronto. Anda, McGregor. No prolongues más este mal rato.

Me miró otra vez.

—Scott y Norton también se ocupan de eso.

—¿Qué es eso?

—Infiernos, usted lo ha dicho antes.

—Quiero oírlo de tus labios.

—De las drogas.

—Es una bonita sociedad —comenté.

—Será su perdición, Crane. Pero todavía está a tiempo de agarrarse a un clavo ardiendo. He oído que lo van a despachar.

—¿Sí? ¿Con qué? ¿Lanzallamas? ¿Bombas de mano? ¿*Bazooka*?

—Norton ha dado carta blanca a los muchachos. Salieron a buscarle. Lo liquidarán allá donde lo encuentren.

Sonreí divertido.

—Ahora resulta que este es el sitio más seguro para mí...

Se quedó perplejo, porque lo que yo acababa de decir era una gran verdad.

—Anda, McGregor —dije—. Date una vuelta. Voy a registrarte.

—No tengo más armas.

—Quiero cerciorarme. Pon las manos sobre la pared.

Obedeció, rezongando una maldición por lo bajo.

Lo palpé bien, pero era cierto. No tenía más armas que la que había en el suelo.

—Está bien, chico. Ya puedes volverte.

Giró, enfrentándose otra vez conmigo.

—Yo también quiero ser de la reunión —dije—. Llévame adonde están Scott y Norton.

Abrió mucho los ojos. La sola idea de que él me pudiese servir de introductor le ponía la carne de gallina.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza. ¿Qué va a adelantar con verlos, Crane?

—Esos dos tipos me deben algo y se lo voy a cobrar.

—¿A qué se refiere? Norton nunca tuvo relaciones comerciales con usted.

—Hay algo más que las relaciones comerciales. Se trata de la vida de un hombre, McGregor, de un amigo mío cuyo nombre era Oley Polter.

Su nuez se movió muy aprisa en la garganta.

—Es mejor dejar a los muertos en paz.

—¿Qué me dices de Oley?

—No sé maldita la cosa.

—Está bien. Te podría apretar un poco más las tuercas y acabarías por escupirlo todo pero hay cosas que prefiero que me diga Norton, y lo de Oley Polter es una de ellas. Echa a andar hacia la puerta y recuerda una cosa, muchacho. Si te vas de la lengua o haces un movimiento extraño, te parto la espina dorsal.

Fui detrás de él. Abrió la puerta y yo eché una ojeada por el resquicio hacia el vestíbulo. No había nadie.

Salimos fuera y nos dirigimos hacia la biblioteca. Todo estaba en silencio.

En eso oí una voz.

—Tira esa pistola, Crane.

McGregor y yo nos detuvimos al mismo tiempo. Volví la cabeza hacia la escalera de donde había partido la orden. Allá arriba había dos hombres y cada uno de ellos portaba una metralleta. Los dos cañones me estaban apuntando a mí.

Una puerta, la de la biblioteca, se abrió. Por el hueco apareció un tipo vestido de *smoking* con otra metralleta en la mano.

También me eligió como punto de mira.

Uno de los que estaban arriba dijo:

—Arroja esa arma al suelo. Tienes tres segundos.

La dejé caer antes de que contase dos.

CAPÍTULO XII

Los tipos bajaron por la escalera. Eran muy altos y sabían cómo esgrimir una metralleta.

El fulano que estaba embutido en el *smoking* sonrió sarcásticamente.

—Bienvenido, Crane —dijo.

McGregor se volvió hacia mí, respirando entrecortadamente, con los puños cerrados. Yo supe lo que iba a hacer. Aplastarme las narices.

Atacó con la zurda. Me agaché unas pulgadas y le aticé al estómago. Encogióse, soltando bocanadas de aire, y entonces lo cacé con un directo.

Emprendió un largo viaje que terminó al otro lado del vestíbulo.

Los dos matones que había detrás de mi estaban perplejos. Seguramente nunca antes de ahora habían visto deshacerse con tanta facilidad de un hombre.

El del *smoking* torció la boca.

—Usted es un bravucón, Crane.

—Deje la metralleta por un rato y le daré mi respuesta.

Pero lo que hizo fue levantarla, apuntándome al pecho.

—¿Quiere ver cómo lo picoteo?

—Demórelo un poco. Antes quisiera beber un *whisky* con los caballeros de la biblioteca.

Justamente en aquel momento llegó una voz desde el interior de aquella habitación.

—Hazlo pasar, Billy.

Billy, el que estaba disfrazado de pingüino, permaneció todavía unos instantes con el arma lista para disparar. Luego bajó los brazos y se apartó del hueco de la puerta.

—Anda, Crane, pasa.

—Gracias, muchacho —dije, y entré en la biblioteca.

Reconocí enseguida a High Norton, aunque había engordado mucho desde la última vez que lo vi. Tenía grasa por todas partes. Debajo de los ojos, en el cuello y especialmente en la barriga.

Sus ojos cerdunos me observaron atentamente. Sus cortos labios se crispaban en una sonrisa sardónica.

—Parece que fue ayer, ¿eh, Crane? —lanzó una carcajada—. Yo sabía que un día u otro te tendría en mis manos. Soy un admirador de ese proverbio árabe que dice: «Siéntate a la puerta de tu tienda y verás pasar el cadáver de tu enemigo».

—Un pensamiento digno de ti, cerdo —dije.

Su cara empezó a cambiar de color.

Algo golpeó contra mi cabeza. Fue un objeto demasiado duro para ser un puño.

Mis rodillas se doblaron y caí al suelo. Luego me metieron la puntera de un pie en el hígado.

Infiernos, si aquel caso se prolongaba mucho tendría que ingresar en un asilo de inválidos.

Me propinaron otros golpes, pero yo no los sentí. Estaba inmunizado. Quizá eso fuese una buena idea. Recibir mucho para luego quedar sumergido en el vacío.

—Déjalo ya. Lo quiero entero —oí que decía Norton.

Pasó una eternidad.

—Anda, Billy —dijo otra vez Norton—. Dale un trago de *whisky* para reanimarlo.

Unos brazos me cogieron por detrás y luego me empujaron con mucha delicadeza hacia un sillón. Al cabo de un rato sentí en mi lengua el sabor del *whisky*. Lo bebí como si ese fuese el último trago.

Norton tenía razón. Me reanimé mucho.

Enfrente de mi vi a un tipo de porte aristocrático. Había visto su fotografía muchas veces en los diarios, el financiero que pensaba constantemente en su prójimo.

Hizo un gesto de perplejidad, señalándome con el dedo.

—¿Es este el hombre que les ha traído de cabeza?

—Sí, Carl —dijo Norton—. Este es Don Crane.

—No lo comprendo. Parece flojo.

El maldito decía que yo era flojo. Infiernos, si él hubiese recibido solo uno de los golpes que me habían destinado a mí, se habría puesto a llorar como un infante.

Norton se echó a reír otra vez.

—Crane y yo somos viejos amigos —declaró.

—Muy bien —dijo Scott—. Pídele la mercancía.

Hubo un silencio. Al fondo, junto a la puerta, estaban los dos matones con las metralletas. McGregor había dejado la suya sobre la mesa, pero esta se hallaba muy lejos de mí.

Norton se frotó las manos.

—¿Lo has oído, muchacho? Has de entregarnos «la nieve».

—Estoy de acuerdo —dije.

—¿Ve, Carl? —dijo Norton—. El muchacho es sensato y sabe lo que le conviene.

—Quiero trescientos mil dólares —le interrumpí.

Todos se me quedaron mirando, como si yo acabase de decir que era Napoleón. El más perplejo era Carl Scott.

—¿Qué es lo que dice este hombre? —galleó.

Norton hizo una mueca.

—Crane está bromeando. Siempre le han gustado esas cosas.

—Trescientos mil dólares y ni un centavo menos —dije.

McGregor me apuntó con el índice.

—Estás chiflado, jefe. Ha sido cosa del golpe.

McGregor podía tener razón, y Norton dijo:

—Dale más *whisky*.

McGregor se apresuró a traerme otra ración. Bebí un trago y cuando McGregor quiso retirar el vaso se lo atrapé de las manos y apuré su contenido.

En torno a mí había un expectante silencio.

—¿Qué dices ahora, Crane? —preguntó Norton.

—Cuatrocientos mil.

Se quedó con la boca abierta.

Carl Scott dio una vuelta a la mesa y se sentó en el sillón.

—¿Con qué clase de hombre se han enfrentado ustedes, Norton? Don Crane está loco de remate. Debieron despacharlo al primer instante.

—Es lo que vamos a hacer con él ahora, Carl. No se preocupe.

—Pero antes tenemos que encontrar la mercancía.

—Él la tiene.

—¡Sáquensela como sea! —sentenció el generoso Scott.

Norton hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Ya lo has oído, Crane. Mi socio quiere la «nieve». Creo que será mejor que te pongas en razón.

—Estoy de acuerdo. Quiero un millón.

Sentí como rechinaban los dientes de Norton.

Scott se levantó de un salto de detrás de la mesa.

—¡Es el diálogo más estúpido que he oído en mi vida! —gritó, golpeando con el puño una carpeta de cuero repujado.

Norton sacó un pañuelo con el que se secó el sudor que le bañaba la frente.

—Llevadlo al sótano, chicos.

Los muchachos de la metralleta se dirigieron hacia mí. Yo entonces eché a correr hacia el arma que McGregor había dejado sobre la mesa. Norton estaba a mitad de camino. Le golpeé en la barriga, pero él me había visto llegar y me recibió con un terrible golpe en el pómulo.

Quedé en una extraña postura, las piernas muy abiertas, la cara mirando al techo.

McGregor me soltó una coz en el muslo y uno de los hombres que avanzaban remató la faena con un gancho.

Crucé el aire y logré aterrizar en lo alto de la mesa. Por dos pulgadas no pude alcanzar la metralleta. Vi como me alejaba de ella como si me deslizase por una pista de hielo y casi estuve a punto de echarme a llorar.

En vista de mi fracaso pensé que podía aprovechar el tiempo.

Atrapé a Scott por el cuello y él obedeció ciegamente a mi impulso. Entonces le aticé un golpe en el estómago. El benefactor de los humildes se dobló como un autómata estrellando la frente contra el borde de la mesa y luego, con los ojos desorbitados, la boca muy abierta, se fue arrugando poco a poco hasta desplomarse en el suelo.

Aquello había sido demasiado atrevimiento por mi parte. Uno de los gorilas levantó el arma y vi su intención de rociarme con un chorro de plomo como si fuese agua de lavanda.

Alcé los brazos diciendo:

—Recuerden que tengo la «coca».

Pero el tipo fue a disparar a pesar de todo.

—¡Quieto, Tim! —ordenó Norton.

Tim tuvo que hacer un esfuerzo para no darle gusto al dedo.

McGregor cogió la metralleta de la mesa y se fue muy lejos.

Recuperé el resuello mientras Carl Scott se levantaba lentamente. En la frente tenía una herida de la cual manaba un poco de sangre.

Durante unas cuantas horas iba a tener dificultad en meter la cabeza en el sombrero, porque ahora su frente se hincharía cómo si se la hubiesen inflado. Sus ojos me miraron con una crueldad sin límite, como yo no había visto antes en ninguna mirada.

—Sáquenle el escondite de esa caja. Utilicen cualquier medio para conseguirlo.

Tim, el gorila, dijo:

—Mueve los remos hacia la puerta de la derecha, Crane. Intenta empezar otra juerguecita y te juro que seremos nosotros quienes nos divirtamos.

Obedecí más que nada porque estaba cansado. Ahora tomaron muchas precauciones porque sabían cómo las gastaba yo.

Bajamos por una escalera al sótano. Vi unos cuantos cajones, dos sillas y un par de gruesas argollas metidas en el muro.

—Quítate la chaqueta, Crane —exclamó Tim.

Me la quité, dejándola caer en el suelo.

—Ponte entre las dos argollas —ordenó después—. Te vamos a atar.

No me moví. Los tres hombres me rodeaban cada uno por su lado.

—¿Prefieres que lo hagamos a la fuerza? —sonrió McGregor.

—Es el único medio —dije.

—Qué valiente eres.

Los tres empezaron a acercarse al mismo tiempo. No podía vigilarlos a todos. Tracé un círculo con los puños levantados.

—¡Ahora! —gritó McGregor y los tres me atacaron a un tiempo con las armas levantadas.

Traté de escurrirme por entre Tim y McGregor, pero uno de ellos, no sé quién, me puso la zancadilla.

Caí al suelo y esta vez solo necesité que me tocasen la cabeza con suavidad para marcharme a la región de los sueños.

Cuando desperté estaba atado a las argollas de la pared. Los tipos habían quedado en mangas de camisa y fumaban cigarrillos.

Transcurrió un minuto y luego otro. McGregor se arrimó a la escalera y apretó un timbre.

High Norton bajó de arriba y se puso frente a mí con las manos a la espalda. Yo dije:

—Tienes el vientre de un sapo, Norton.

—Me gustará oír tus insultos cuando mis chicos te hayan dado una pasada.

—Para entonces me parecerás un escarabajo o quizá algo peor.

—Quiero hacer la prueba. Adelante, Gleen.

Gleen era el compañero de Jim. Se marchó hacia una puerta que había en un rincón y de pronto oí un ruido extraño, como un silbido.

Apareció con un soplete en la mano. La llama zumbaba intensamente.

Las tripas se me removieron pensando en Oley Polter.

Miré fijamente a la cara de Gleen. Así que él había sido la mano ejecutora. ¡Maldito fuese!

—¿Estás asustado, Crane? —dijo Norton.

Le solté un salivazo.

—Quítale los zapatos, Tim.

El muy estúpido se vino a colocar junto a mí, en cuclillas. Pensó que yo me iba a estar quieto.

Le solté una coz en el plexo solar y se fue dando vueltas.

Gleen, el del soplete, soltó una risotada, burlándose de su compañero, el cual se levantó nombrando a todos mis antepasados.

—Tócame, otra vez, Crane, y te juro que te estrangulo con mis propias manos —me amenazó.

Miré a Norton.

—Tú ganas, cerdo —dije.

—¿Vas a decirme dónde está?

—Naturalmente, pero con una condición. Me dejarás libre.

Se pellizcó la barbilla como si lo pensase. Naturalmente me iba a decir que me dejaría libre, aunque luego me hiciese trozos, pero lo único que yo deseaba era ganar tiempo. Si Gleen me aplicaba el soplete a las plantas de los pies, quedaría completamente inútil.

—Muy bien, Crane —dijo, como yo esperaba—. Saldrás de aquí vivo. ¿Dónde está la mercancía?

—En mi coche.

—¿Dónde? —repitió perplejo.

—En mi «Ford» modelo 1959.

Hubo una larga pausa. Los hombres se miraron unos a otros como si no

quisiesen dar crédito a lo que yo decía. Finalmente, Norton me miró otra vez.

—¿Dónde está ese «Ford»? ¿Lo trajiste aquí?

Les expliqué dónde lo podrían encontrar y luego agregué:

—Hallaréis la capa en el portaequipajes, junto a la rueda de recambio.

Norton se echó a reír. Primero lo hizo suavemente y luego a fuertes carcajadas.

—Este Crane es un tipo la mar de gracioso. La escondió en su propio coche. Andad, muchachos, id a por la «nieve».

McGregor y Tim subieron por la escalera.

Norton fue quedándose serio poco a poco.

—Está bien, Crane. Volveré a verte cuando regresen los muchachos. Y será mejor para ti que hayas dicho la verdad.

Luego se marchó.

Y Gleen, el verdugo, quedó a solas conmigo.

CAPÍTULO XIII

Gleen dio más fuerza a la llama del soplete y dejó este en el suelo. Sus ojos me miraron. Vi algo extraño en ellos. No; no eran los de un ser normal. Me fijé mejor en su cara de frente estrecha y arcos ciliares muy levantados. Se pasaba la lengua continuamente por los labios como si estuviese sediento.

Cogió una de las sillas, la colocó frente a mí y se sentó.

Tras un rato de silencio, dijo:

—Me gustaría que los hubieses engañado, Crane.

—¿Por qué?

—Quisiera utilizar esto contigo —señaló el soplete.

Pobre muchacho. Estaba deseando divertirse con su juguete.

—Lo siento, Gleen. Podías habérmelo dicho y los hubiese enviado a cualquier otra parte.

No entendió el chiste. Se quedó muy serio mirándome con mucho fijeza.

—Entonces traerán la «coca».

—Sí, Gleen. La traerán.

Movía la cabeza de un lado a otro, como si le acabasen de anunciar la muerte de su canario favorito.

Pasó un minuto.

Se agachó sobre el soplete y le pasó una mano acariciando el asa con mucha ternura.

La escena estuvo a punto de hacerme saltar las lágrimas.

De pronto levantó los ojos y yo aposté a que en su mente retrasada se había incubado una idea.

—¿Por qué no? —dijo.

—Eso, ¿por qué no? —dije yo, sin saber a qué se refería.

—Después de todo, tú has matado a muchos de nuestros compañeros. No pueden castigarme por lo que haga contigo.

Solté una imprecación para mis adentros. ¿Les dije que aquel tipo no me gustaba nada?

Siguió pensando.

—Tengo que vengar a mis amigos.

—Se me ocurre una idea, Gleen.

—¿De qué se trata?

—Suéltame e iremos a vengarlos juntos.

Al pronto encontró el plan aceptable y sus labios sonrieron, pero luego comprendió que era una trampa.

—Me quieres engañar, Crane.

—Oh, no, muchacho. Sería incapaz de hacerlo. Norton y Carl Scott mataron a tus amigos. Tú y yo iremos arriba y les ajustaremos las cuentas.

—No, Crane. Eso no es cierto. Norton y Scott son mis jefes. Ellos no mataron a Jim ni a McDonald, ni a Howard, ni a Sinclair… Fuiste tú.

—¿Trajeron la noticia los diarios?

—Max lo dijo.

—Max es un embustero.

Entrecerró los ojos.

—Tú eres un detective privado. Te llamas Don Crane. Eres nuestro enemigo —dio más fuerza al soplete.

La suerte estaba echada. Gleen estaba decidido a servirme a la plancha.

De pronto algo se movió a la derecha. Por el lado de la puerta donde Gleen había sacado el soplete, apareció una mano.

Me llevé un gran susto.

A la mano siguió un brazo y luego vi una cabeza.

Era una mujer.

Aparté los ojos porque Gleen me estaba mirando.

—En un momento estaré listo —dijo el loco.

—Por mí puedes demorarlo un poco más, muchacho.

—Ellos se pueden presentar de un momento a otro y quiero terminar cuanto antes. ¿Por dónde quieres que empecemos?

Era así de amable. Como el barbero.

—Por dónde quieras, Gleen. Aunque me han dicho que este año se van a llevar un par de quemaduras en la espalda de la chaqueta.

—Muy bien. Será en la espalda.

Se puso a mirar el soplete y yo pude observar a la mujer. Ya estaba fuera, pero me di cuenta de que apenas se podía tener en pie.

Su cabello era rojizo y su vestido, de un color azulado, estaba roto por muchas de sus partes. En la cara mostraba hematomas, lo mismo que en sus hombros desnudos. Estaba descalza.

Supe quién era al instante. Norma Clayton, la pelirroja a quién yo había ido a visitar en Philadelphia, la amiga de Donald Winters, la chica sobre la que había investigado Oley Polter.

Me llamó la atención lo que tenía en su mano izquierda. Era un zapato y lo esgrimía por la puntera. Apoyaba la diestra en la pared.

Dio un paso titubeante y de pronto se puso a oscilar de un lado a otro.

Traté de infundirle fuerzas con mi mirada. Si caía, todo se habría perdido porque armaría un ruido de mil diablos y Gleen la descubriría.

Sus piernas se doblaron y finalmente quedó en tierra, pero su caída había sido silenciosa.

Cerró los ojos y quedó inmóvil, quizá desmayada. Bueno, un par de minutos antes yo estaba solo completamente. Ahora era lo mismo que si en

la mazmorra no hubiese nadie. No debía quejarme.

El loco se pellizcó el labio inferior.

—He de tener cuidado.

—¿Por qué, Gleen? —quise saber.

—Has de estar vivo para cuando Norton vuelva.

—Entonces, debes disminuir un poco la intensidad de la llama. Con un suave dorado quedaré muy bien.

Se puso a pensar en mi propuesta.

Vi por el rabillo del ojo que Norman Clayton empezaba a moverse. Movió la cabeza de un lado a otro y miró hacia donde nosotros estábamos.

Se puso a gatas en el suelo y empezó a avanzar, siempre con el zapato en la mano.

Pensé que nunca llegaría detrás de Gleen, pero la distancia que los separaba fue disminuyendo, aunque esto ocurriese muy lentamente.

De repente me di cuenta de que había puesto mi esperanza en algo inalcanzable.

Aunque Norma se colocase detrás de Gleen, ¿con qué fuerzas iba ella a pegarle para privarle del conocimiento?

Yo también estaba a punto de volverme loco. Estuve tentado de decirle a la pelirroja que se volviese a su cueva.

Gleen se agachó sobre el soplete y puso la mano en el asa. Me miró otra vez.

—Te gustará, Crane.

—Claro que sí. Hace un frío horroroso. Tengo ganas de calentarme.

Norma empezó a levantarse. En su cara vi la expresión del odio. Era el momento que también ella había esperado. Odiaba a Gleen porque Gleen la debía haber atormentado mucho.

Alzó el brazo con el zapato.

Mentalmente dije: «Buena Suerte, Norma».

No era para mí, sino por ella. El golpe sería una caricia para Gleen y él entonces se volvería y haría pedazos a la muñeca de pelo rojizo.

Bajó el brazo con una velocidad increíble.

Cerré los ojos porque no quise verlo. Oí el ruido que producía el tacón al repercutir contra el cráneo de Gleen. Luego un cuerpo se derrumbó.

Abrí los ojos y vi a la pelirroja de pie.

Era Gleen el que estaba en el suelo, completamente inmóvil.

—¡Animo, muchacha! —le dije—. ¡Tienes que darte mucha prisa! Coge el soplete.

Pero Norma estaba abstraída contemplando el cuerpo yacente. Se llevó una mano a la mejilla y en su cara había ahora una mueca de espanto.

—¡Lo he matado! —dijo—. ¡Lo he matado…!

—Solo lo has privado del sentido. Y si por casualidad lo has retirado de la circulación, no tienes que arrepentirte, Norma. Era un asesino.

Me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Él me quemó la espalda.

—¡Date prisa por lo que más quieras, Norma...! ¡Están a punto de llegar!

Cogió el soplete y con mano temblorosa proyectó la llama sobre la cuerda.

En cuestión de un par de minutos quedé libre. Entonces la joven dejó caer el soplete al suelo y empezó a derrumbarse.

—No podemos escapar de aquí —negó con la cabeza.

—¿Quién dice que no? —señalé las metralletas—. Esos amigos nos van a ayudar.

Alcancé una de las armas y me aseguré que estaba en buenas condiciones para ser utilizada. Luego me coloqué de forma que pudiese ver la puerta.

—Ahora me lo vas a explicar todo, Norma —dije—. Pero has de hacerlo sin titubeos.

—¿A qué te refieres?

—Soy Don Crane, un detective privado que tiene mucho interés en zanjar diferencias con esa gentuza de arriba. Te escucho, Norma.

—High Norton se fijó en mí cuando yo trabajaba en su club nocturno. Yo atendía el guardarropa. Quiso que fuese su favorita, pero yo no le hice ningún caso. Él trató de ganarme por la fuerza. Antes de que eso pudiese ocurrir, hui de su lado. Me fui a Philadelphia y cambié de nombre. Allí me llamaba Norma Clayton. Conseguí un empleo en un almacén de ropas. Un día me encontré con Donald Winters, un amigo de mi infancia. Le conté mi historia y él se portó muy bien conmigo. Me visitaba de vez en cuando. Cierta mañana llegó a mi apartamento un hombre. Dijo llamarse Ray Antlers. Pertenecía a la banda de High Norton. Me estaba buscando como otros muchos. Tenía que llevarme a presencia de High Norton.

Norma hizo una pausa. Yo no apartaba los ojos de la puerta porque temía que se fuese a abrir de un momento a otro.

—Cuando Ray Antlers creyó que ya me tenía bien angustiada, me dijo que existía una solución. Si le daba mil dólares él haría como si no me hubiese encontrado. Yo no tenía el dinero, de modo que hable con Donald Winters y él me dio los mil dólares. Los dos pensamos que así acababa mi pesadilla. Ray se marchó con el dinero, pero solo tardó siete días en volver. Ahora quería quinientos. Donald y yo nos dimos cuenta de que aquel hombre seguiría extorsionándome mientras viviésemos. A pesar de todo, Donald también me dio los quinientos dólares. A partir de ese instante el carácter de Donald cambió. Una noche vino a mi apartamento. Había bebido mucho. Se portó de una forma extraña. Dijo que ya me conocía y que yo lo había estado engañando. Ray Antlers era mi amigo. Entre aquel bandido y yo le habíamos tendido una trampa. Él nos daba dinero y

nosotros nos lo repartíamos. Me irritó tanto su forma de hablar que no puede controlar mis nervios. No sé siquiera las cosas que le dije. Donald también estaba muy excitado. Finalmente se marchó. A la mañana siguiente llamaron a mi puerta. Pensé que sería Donald Winters que vendría a excusarse, pero se trataba de un hombre rubio que dijo llamarse Ralph. Me ordenó que preparase mi equipaje. También era uno de la pandilla de High Norton. Consideré que todo se había perdido y decidí correr mi suerte. Hice mis valijas y me marché con Ralph. Me trajeron a esta casa donde Norton me estaba esperando. Pero ahora su intención no era precisamente hacerme su favorita. Me abofeteó y me dijo cosas terribles, que de él no se había burlado nunca una mujer. Me iba a dar mi merecido. Dijo a este hombre, a Gleen, que yo era su presa… Me trajeron aquí a este sótano… Lo demás puede figurárselo.

Se produjo un silencio. Aquella historia me había revuelto todavía más las tripas. Demonios, ¿cómo podían existir seres como High Norton?

Y después de escuchar a Norma o como se llamase, lo de Oley Polter empezaba a adquirir forma.

Había sido sencillo. Oley estaba vigilando la casa de la pelirroja por cuenta de la señora Winters, cuando debió ver salir de la casa a su amigo conocido Ray Antlers. Siguió a este el cual lo condujo a cualquier parte donde Ray tenía que hacerse cargo de la coca.

Interrumpí mis pensamientos diciéndome que allí estaba mal situado. Era cierto que podía enviar un buen chorro de balas hacia el tipo que abriese la puerta, pero ellos podían ponerme sitio desde fuera.

Subí a la escalera rápidamente y apoyé la espalda en el muro cerca de la entrada a la mazmorra.

La pelirroja fue a decir algo pero yo puse un dedo en mis labios para que callase.

El tiempo se desgranó lentamente.

De pronto oí pasos en el exterior.

La puerta se abrió de golpe y apareció Max seguido de Dugan «Ojos Saltones». Este último fue a cerrar y quedóse inmóvil viendo la metralleta que yo tenía en la mano.

Max había mirado hacia abajo y al no descubrirme entre las argollas giró la cabeza rápidamente con expresión asustada.

—Cierra, «Canijo» —dije.

Dugan cerró con mucha rapidez.

—¿Qué es lo que va a hacer, señor Crane?

—Eso va a depender mucho de vosotros.

Max hinchó los pulmones de aire tratando de aparecer tranquilo.

—Estamos dispuestos a llegar a un acuerdo con usted.

—Qué listo eres, Max —me burlé.

—Si viene con nosotros, tendrá vía libre.

—Gracias, Max, pero no voy a abandonar la casa. Vuestra simpatía me ganó. Y además quisiera saber unas cuantas cosas.

No dijeron nada, pero los ojos de ambos me miraron recelosos. Carraspeé suavemente.

—¿Cómo fue lo de Oley Polter, Max?

Apretó los labios. Era muy gallito. No diría nada. ¡Y un cuerno para él!

Levanté el arma y puse el dedo en el gatillo. El cañón le apuntó al pecho.

—Oley Polter conocía a Antlers —dijo muy aprisa—. Lo vio salir de la casa de Susan, en Philadelphia. Polter siguió a Antlers hasta Nueva York. El estúpido de Ray no se dio cuenta. Justamente aquel día, Ray debía retirar un pedido de cocaína en el establecimiento de un vendedor de libros viejos. Allí había unos cuantos miembros de nuestro sindicato. Polter se presentó con una pistola cuando se iba a hacer la transferencia. Vio la caja y se imaginó lo que era. Se apoderó de ella y salió huyendo. Nuestros hombres fueron detrás. Oley trató de utilizar la pistola pero se le encasquilló. Los nuestros tenían orden de cazarlo vivo. Oley se metió en la estación Gran Central y logró despistarlos, pero solo fue por unos minutos. Lo cazaron en el vestíbulo y lo trajeron aquí, Gleen se encargó de él. Polter terminó por cantar el lugar donde había escondido la caja. Jim y McDonald fueron comisionados para ir a retirarla y fue entonces cuando se encontraron con usted.

—Pero ellos a mí no me conocían.

—Oley Polter perdió casi el sentido. Estaba como borracho y mencionó su nombre diciendo que no podríamos con usted. High Norton le conocía y dio una descripción a los muchachos.

—Sí, ahora todo está comprendido.

Sentí una infinita rabia. Oley Polter no se merecía aquel fin. Durante la persecución pudo llamar a la policía, pero él sabía que aquel sindicato de bandidos tenía contactos en todas partes. Bastaba con que hubiese un garbanzo negro en el Departamento y que se ignorase la identidad de este para que uno no pudiese correr el riesgo de entregarse sin más ni más en manos de la banda. Oley había confiado en mí.

Así había sido todo.

—Oiga, Crane —dijo Max—. Usted es un hombre de mundo, un tipo listo.

—¿Sí?

—A nuestra organización le interesa captar hombres de su temple. Con nosotros tendrá cuanto haya podido soñar. Dinero y todo lo demás.

En aquel instante Susan, alias Norma Clayton, lanzó un grito.

—¡Cuidado, Don!

Me moví e hice mover la metralleta. Gleen se había arrastrado hasta el lugar donde estaban las otras armas. Había sabido aprovechar el tiempo.

Se me erizó el vello al ver que ya tenía la metralleta en la mano.

Apreté el gatillo y una «troupe» de sucios plomos le mordieron la carne.

Se venció hacia la izquierda justo cuando él también, ponía en marcha su artefacto.

Los proyectiles picotearon en la pared muy cerca de mí y luego cosieron a Max y a «Ojos Saltones».

Vi en el pecho de Max puntos rojos que luego se transformaron en comas. Se vino hacia delante y derrumbóse por la escalera hacia abajo.

«Ojos Saltones» golpeó contra la puerta y resbaló quedando despatarrado.

Era mi momento. Abrí la puerta de un tirón y salí fuera, echando a correr por un largo pasillo.

Al fondo, una puerta se abrió dando paso a un tipo que esgrimía una «Luger» con la diestra.

Bastó una suave presión en mi metralleta para enviarlo al otro mundo.

Salté sobre el cadáver y me encontré en una habitación a oscuras.

El instinto me anunció que debía arrojarme al suelo y yo he obedecido siempre esas órdenes.

Brotaron dos fogonazos de un rincón, pero las balas pasaron muy lejos de mí porque yo estaba ya en el suelo.

Tendido en tierra correspondí a la bienvenida con una rociada de plomo. Luego sobrevino un silencio que fue roto por una voz moribunda.

—¡Maldito seas, Crane!

Era High Norton.

Luego produjo un ruido al desplomarse y eso quería decir que la humanidad había quedado libre de un reptil.

Busqué a tientas el conmutador y di la luz. Norton se encontraba tendido, inmóvil, junto a la puerta que daba acceso a la biblioteca. Tiré del pomo sin pestañear.

Carl Scott estaba sentado en su sillón. Mostraba un esparadrapo en la frente y, por lo demás, su rostro estaba tan blanco como si hubiese metido la cabeza en un plato de harina en busca de diez centavos.

—No me mate, señor Crane —tartamudeó.

—¿Por qué no, señor Scott? ¿Tiene en su poder algún documento que lo prohíba?

—Le daré mucho dinero.

Todos aquellos tipos eran iguales. Para ellos solo existía el dinero. Y lo malo es que hoy hay a miles que piensan lo mismo, gentuza para quienes el honor, la vergüenza y el amor al prójimo no significan nada. Solo el dinero. Ese es su único Dios, aunque ellos se esfuercen aparentar otra cosa.

—Coja la pluma, Scott —dije.

En sus labios bailó una sonrisa. Sacó una estilográfica y un talonario de cheques.

—Le firmaré diez mil dólares —dijo.

—No se trata de eso, Scott.

—¿Cómo?

—Le voy a conceder un minuto para que usted confiese que es jefe de esta banda de contrabandistas de drogas. Que Oley Polter fue muerto por una orden suya y que, a sí mismo, ordenó a sus propios hombres que liquidasen a Ray Antlers para confundir a la policía.

—No está hablando en serio.

Consulté mi reloj.

—Han pasado cinco segundos. Le juro que si llegamos al minuto sin que usted haya terminado, me lo cargo con toda tranquilidad.

Se puso a pestañear sin apartar los ojos de mí.

—Veinte mil dólares, señor Crane. Le daré veinte mil dólares.

—Diez segundos.

Nunca he visto sudar a un hombre de un modo tan rápido como se puso a sudar él. Se transformó en una masa de carne estremecida, llena de miedo. Titubeó todavía unos instantes pero por último cogió un papel y se puso a escribir desesperadamente. Corrió más cuando dije:

—Quince segundos.

—¡Espere, señor Crane! ¡Lo estoy haciendo!

Le sobraron dos segundos después de firmar.

Caminé hacia la mesa y cogí el papel que leí para mí. Era justamente lo que yo necesitaba para que aquel tipo recibiese lo suyo. Yo lo condenaba a algo peor que la muerte. A partir de ahora sería un cadáver viviente, y me imaginé los cubos de tinta que gastarías los periódicos en publicar la asombrosa noticia de lo que era Carl Scott.

De pronto, la puerta se abrió.

Solté una maldición porque tenía la metralleta en la izquierda y la otra mano estaba ocupada con la confesión de Carl Scott.

Tim y McGregor se precipitaron en la habitación. Lo hicieron muy alocadamente estorbándose uno a otro y a eso debí conservar la vida, porque me dieron tiempo a poner el dedo en el gatillo.

McGregor fue el primero en disparar y la bala me mordió el brazo.

Luego ya no pudieron hacer nada porque mi metralleta volvió a entonar su canción.

Los dos tipos se abatieron escupiendo maldiciones.

Miré a Carl Scott. Se acababa de desmayar en el sillón.

Oí nuevas carreras que venían hacia la biblioteca y me preparé para seguir limpiando basura.

Stewart Decker penetró en la estancia y frenó en seco.

Me miró a mí y miró los dos cadáveres que había en el suelo. Por detrás del teniente aparecieron otros policías.

—Bueno —dijo Stewart—. Apuesto a que esta vez te la has ganado. Y

no pienses que voy a hacer nada por ti.

—¿Quién te avisó teniente?

—Recibimos una llamada telefónica. Una mujer.

Sonreí, pensando en Roselle.

Stewart dijo, indignado:

—Tú lo crees muy gracioso, ¿eh, muchacho? Te encuentro con una metralleta y dos cadáveres y todavía tienes la desfachatez de reír.

—No son dos, Stewart —repuse—. Hay unos cuantos más.

Dejé la metralleta en el suelo y cogí la confesión de Carl Scott.

Stewart estaba asombrado y no lo estaban menos sus compañeros. La alargué el papel y mientras leía descubrí un mueble donde había una botella de *whisky*. Cogí el frasco y lo limpié con la bocamanga antes de echar un trago. Era un buen *whisky*. Palabra que era bueno.

CAPÍTULO XIV

Sobre mi mesa había dos fajos de billetes. En total, dos mil dólares. Leí otra vez la carta que había llegado a mi poder acompañando al dinero. Decía así:

> «Estimado señor Crane:
>
> «Usted me ha devuelto a mi marido. Le había prometido una recompensa de dos mil dólares a su compañero si yo recuperaba a Donald, y puesto que eso se lo debo a usted, es justo que cumpla mi promesa. Ruego me perdone por las impertinencias que le dije cuando vino a mi casa. Estaba muy nerviosa. Muchas gracias por todo».

Estaba firmado por Judy Winters.

La puerta de vidrio esmerilado se abrió, dando paso al teniente Stewart Decker.

Ninguno de los dos dijimos nada. Se sentó en el sillón de cuero reservado a los clientes, quitó la envoltura de una pastilla de goma de mascar y se la metió en la boca.

En eso, el teléfono se puso a repiquetear.

—¿Sí? —dije.

—Hola, bravucón —era la voz de Roselle.

—Gracias por el detalle, nena, aunque no hiciese falta.

—¡Qué lástima que no podamos cenar juntos!

—¿Por qué, nena? He recibido dinero fresco.

—No puedo, Don. Acabo de recibir un telegrama de mi tío Nicolás, el que está en Miami. Quiere verme cuanto antes. El pobre se encuentra malito y yo quiero estar a su lado. Los médicos dicen que no tiene remedio.

—Suerte en el testamento.

—¡Oh, Don, qué cariñoso eres! En cuanto vuelva por Nueva York, te haré una visita.

—Claro que sí, nena. Serás bien recibida.

Dio un suspiro y colgó.

Yo también puse el auricular en la horquilla. Stewart estaba mirando mi cara.

—Te traigo una felicitación —dijo.

—¿Mary?

—No, el comisionado Brooker.

—Vaya, eso es bueno.

—Y una advertencia. Es la última vez que te consiente que hagas lo que te dé la gana. La próxima vez...

Se interrumpió porque estaba sonando el teléfono.

—Don Crane al habla —anuncié.

—Hola, Don. Soy Kay Sheridan. He leído lo que dicen los diarios. Celebro mucho que todo haya salido bien.

—Gracias, Kay.

—He encontrado empleo. Me quedo en Nueva York.

—Eso es una gran noticia. Oye, Kay —dije, tuteándola—, ¿qué te parece si esta noche lo celebramos?

—Sí, Don.

—Pasaré por ti a las seis.

Cortamos la comunicación.

Me di cuenta de que Stewart me estaba observando.

—¿Qué es lo que ellas ven en ti, Don? —preguntó.

—No tengo ni la más ligera idea —dije.

Nos pusimos a mirar el techo.

De súbito, sonó de nuevo el timbre del teléfono.

Una voz preguntó a través del cable:

—¿Está ahí el teniente Decker?

Alargué el micro a Stewart, quien después de identificarse escuchó durante un rato y, finalmente, colgó. Se puso en pie encaminándose hacia la puerta. Cuando ya había abierto se volvió.

—Lo de siempre, muchacho. Un cadáver me está esperando. Es en Trevor Park, a la orilla del Hudson —sonrió enseñando los dientes—. Será un descanso para mí y para el comisionado no encontrarte en el camino. Palabra que sí.

Luego se marchó.

Bebí un trago de *whisky* y encendí un cigarrillo.

Otra vez se puso a sonar el teléfono.

—Oiga, ¿hablo con Don Crane, el detective? —dijo una voz femenina muy excitada—. Soy la señora Bergen. La policía acaba de detener a mi marido. Lo acusan injustamente de un asesinato. Él no ha matado a nadie, se lo juro, señor Crane. He leído en los diarios quién es usted. Quiero contratarle.

—Cálmese, señora. ¿Quién es el muerto?

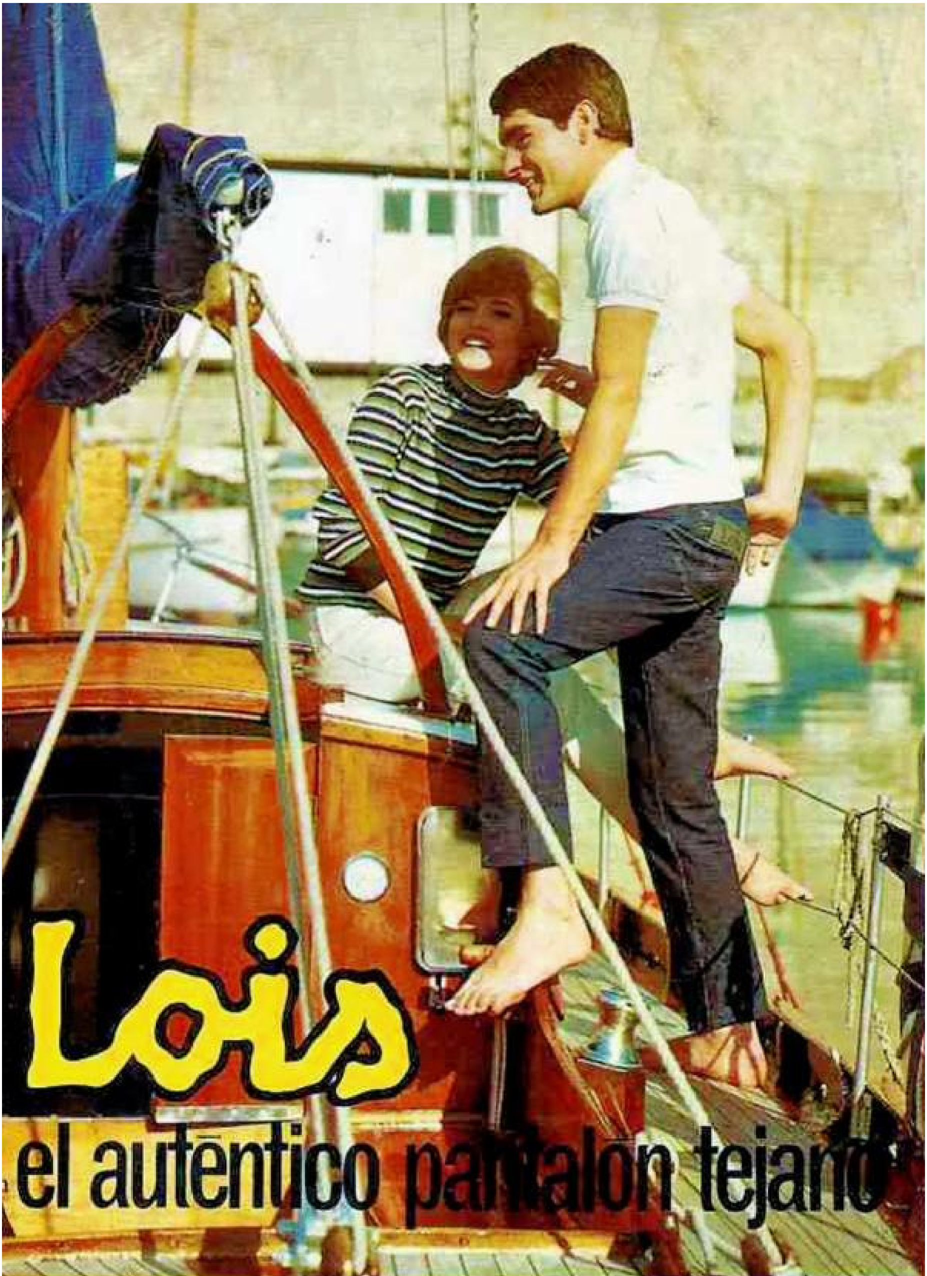
—Una mujer. La encontraron esta mañana sin vida.

—¿En dónde?

—En Trevor Park, a la orilla del Hudson.

Ella y yo seguimos hablando.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)
Impreso en España - Printed in Spain
PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.